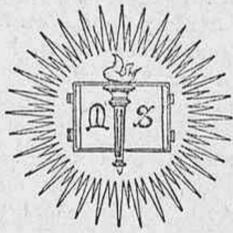


La Ilustración Artística



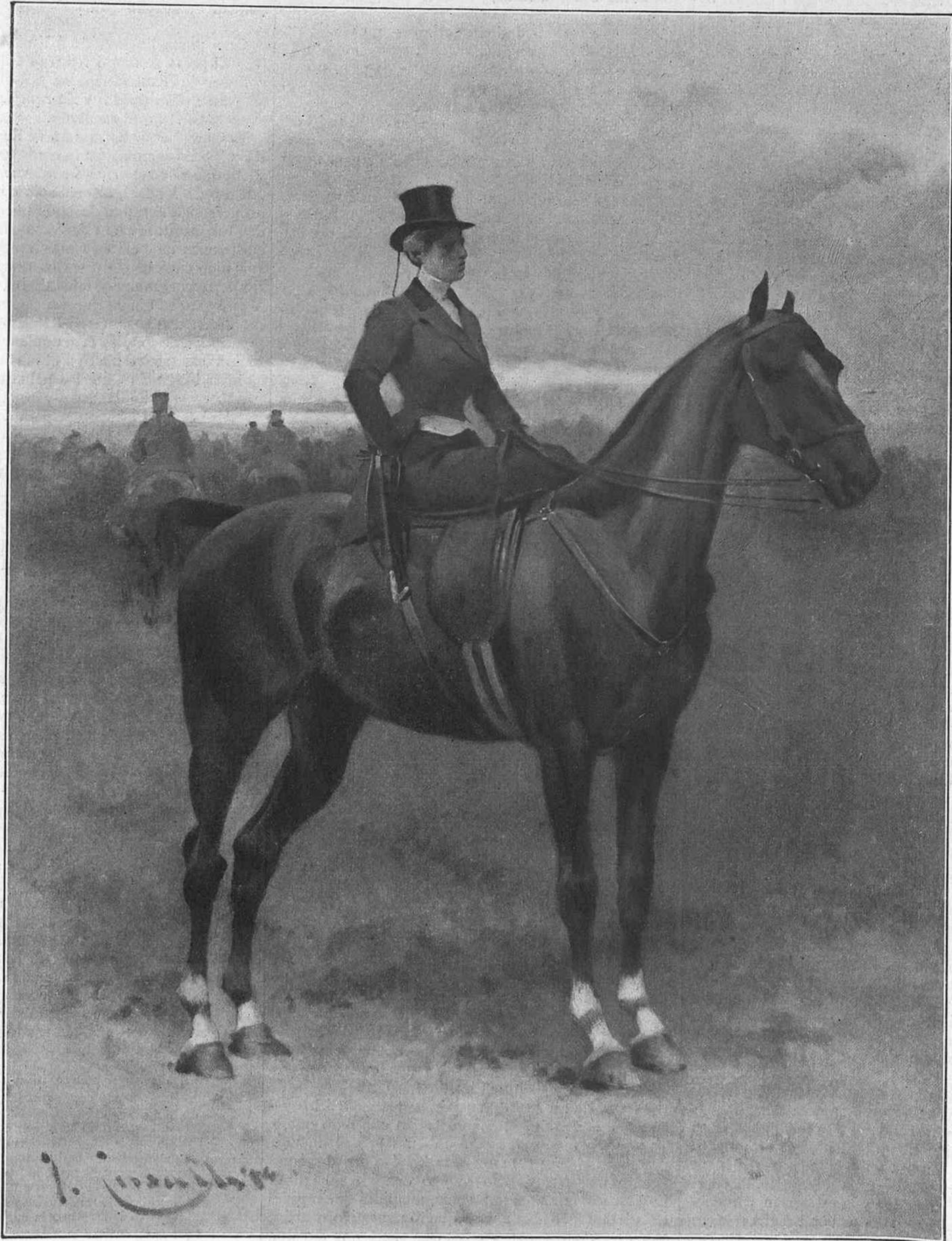
Artística

Año XXVI

BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1907

Núm. 1.355

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AMAZONA, cuadro de José Cusachs. (Salón Parés.)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Río abajo*, A. Guerra. — *El globo dirigible «Patrie»*, R. — *Sucesos de Marruecos*, R. — *El doctor Ferrán*. — *Medalla conmemorativa*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Miscelánea*. — *La reina del Prado*, novela. — *El gas Grisú*, X. — *Las «Rotwon Houses» de Londres*, G. D. — *El rey Oscar II de Suecia*, S. **Grabados.**— *Amazona*, J. Cusachs. — Dibujo para el cuento *Río abajo*. — *La siesta del obrero*, *San Miguel*, esculturas de Stappen. — *El globo dirigible «Patrie»*. — *El doctor Ferrán*. — *Abandonada*, cuadro de Ringway Knight. — *E. Irving*, de Courtenay Pollok. — *Cabeza de estudio*, de J. Herberto Morcom. — *Lo inevitable*, de Anibal del Cotto. — *Medalla conmemorativa*, E. Arnau y Rodríguez. — Monumento a *Santa Isabel*, A. Rigele. — *El grisúmetro de Grehaut*. — *El rey Oscar II de Suecia*. — *La nueva Guardia Urbana de Barcelona*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay en la vida situaciones de verdadero compromiso, de las cuales sólo nos sacaría con bien una ruda franqueza á lo D. Frutos Calamocha, ó una diplomacia digna de Metternich. No poseyendo ni una ni otra, es indecible el aprieto en que nos vemos los que somos á la vez personas bien educadas y consecuentes aficionados al Arte.

Es el caso que nos traen á consulta un drama, libro, cuaderno de poesías ó artículo periodístico, fruto de un ingenio novato que no acierta á darse cuenta de si está en cinta de la inmortalidad, ó solamente de un ridículo ratón. Generalmente viene el embuchado muy primoroso, atadito con cintas, sellado con lacres, escrito en terso y satinado papel, con impecable letra redonda, ó con excelentes caracteres dactilográficos. Acompañale una carta rendida y rebosante de expresiones y efusiones, donde el principiante os confía sus aspiraciones, sus ensueños, lo que representan para él aquellas cuartillas, en las cuales ve cifrado su porvenir y cimentado el edificio de toda su vida. Los programas y las esperanzas algo difieren, aunque en el fondo vengán todos á ser lo mismo. El uno tiene interés en publicar un tomo de versos, que la crítica aplauda y el público lea y pague, á fin de poder establecerse en la corte con una base suficiente de celebridad, que le abra todas las puertas y le concilie todas las voluntades. El otro aspira á dar á luz un artículo, para ingresar en la redacción pagada de algún diario de los de mayor circulación. El de acá quiere sentar plaza de novelista, porque con un par de novelas que publique al año, podrá sostener á su familia, compuesta de madre, esposa y dos niños pequeños. El de allá cuenta con el éxito del drama ó comedia ó juguete (lo que Dios quiere que sea) para empopar sus pretensiones á una buena colocación, que le salve del apuro económico en que está atollado. Y hasta hay alguno que ansía verse llevado en trompeteo de la fama vocinglera, al único y exclusivo objeto de probarles á los papás de una novia, que se oponen á las relaciones, que no tienen pizca de olfato y que están desairando á un genio.

Y todo esto es respetabilísimo, y simpático, y muy de desear que cada cual de los aspirantes obtenga lo que ansía y se encuentre en menos que canta un pollo saludado y aclamado por la prensa y las muchedumbres como al triunfador se aclama y saluda... Lo grave es el papel personal que nos atribuyen para llegar á resultados tan plausibles y convenientes.

Como que, si nos atenemos al texto de la carta, de nosotros depende que sucedan las cosas conforme á los anhelos del expositor, ó que, al contrario, se obscurezca para siempre su estrella literaria. Nuestro juicio es seguro, nuestro fallo inapelable, nuestro voto es el que va á decidir de una suerte, de un destino. Si encontramos algo, la señal del ángel, la marca de los elegidos, en el texto..., ¡ah!, entonces el autor puede cantar victoria; y en cambio, si condenamos á aquellas pobres hojas al fuego ó al olvido..., ahí tienen ustedes á un individuo sentenciado eternamente á vegetar en la obscuridad, inerme para la lucha por la existencia, amputado de la frondosidad de sus ilusiones, relegado á la prosa de un trabajo manual ó á las grises y polvorientas rinconadas de una oficina..., si por lo menos encuentra tales medios de subsistir, y si nuestro fallo cruel no le ha cerrado hasta ese refugio...

La carta, por otra parte (estas cartas se parecen entre sí como la gota de agua á la gota de agua), encierra reiteradas protestas de que se nos pide sinceridad, únicamente sinceridad. Que ningún estímulo de compasión tuerza nuestra vara de justicieros literarios. La verdad, la verdad implacablemente. Por dura que sea, la oirán resignados y la estimarán agradecidos. Un desengaño á tiempo, es una prueba relevante de simpatía y de bondad. No vacilemos: descarguemos el golpe; es el servicio que se nos pide, como se le pide al médico, á la cabecera del enfermo, la decisión suprema...

Y henos aquí sumergidos en el piélagos de las du-

das y las incertidumbres más angustiosas. Por cortidos que estemos en este ejercicio de las letras; por muchas cicatrices de veteranos que surquen nuestra piel; por conocido que tengamos el juego del amor propio y el tinglado de las vanidades, todavía conservamos un resto de fe y mucho fondo de sensibilidad, que nos obligan á interesarnos por lo que, en rigor, ni nos va ni nos viene, y á creer en lo que sabemos pertinentemente que no es cierto. La experiencia y la razón nos dicen que, si escribimos francamente lo que pensamos de artículos, poesías, dramas, novelas, etc., nos ganaremos seguramente un enemigo encubierto ó descubierto, y para el autor, su familia y una docena de jalcadores, que á nadie le faltan, seremos ó ignorantes ó envidiosos. Dícenos también la misma experiencia, que si velamos nuestra opinión con eufemismos discretos, con paños calientes delicados, tomarán el parecer como suena, no atenderán á la insinuación, y será como si hubiésemos emitido una opinión categóricamente favorable. Y en el caso de que apelemos á la piadosa mentira, y vaciemos el saco de las alabanzas, surgirá el compromiso mucho más serio. Entonces os pedirán que saquéis de pila al nene... Ese requisito bastará para que, cual si le comadrinase algún hada, corra la más próspera fortuna.

Y bien—preguntará algún curioso—¿no puede suceder que tal cual vez, efectivamente, un talento ignorado os envíe sus primicias, y tengáis el gusto de ser el primer astrónomo que señale la aparición del hasta la fecha desconocido asteroide?

¡Dios mío! Todo es posible, seor curioso; todo cabe en este mundo. Porque no nos haya ocurrido nunca el feliz evento, no estamos autorizados para negar su posibilidad.

Generalmente, el manuscrito que llega á vuestras manos ya ha pasado por otras, y sois—sin saberlo—el Tribunal supremo llamado á decidir en última instancia. Autores hay que han encanecido en brega obscura, cuando se os presentan con el pelo suelto y la falda corta de jugar al corro. Los dramaturgos os ofrecen lo que veinte empresas rechazaron, lo que ya amarilleaba en el fondo de un cajón. Los novelistas acuden á vosotros porque diez editores les fallaron, aun ofreciendo gratis el manuscrito. Los vates llegan cansados de enriquecer álbumes, abanicos, hojas semanales de publicaciones; de leer en público y en privado; de intentar por todos los medios que se oiga su aldabonazo poético. Apelan á vosotros, justamente porque el público se hizo el sordo. Quieren que les sirvais de aldabón más recio. No buscan vuestro parecer, sino vuestra fuerza, chica ó grande. Es el instinto, muy natural, de aproximarse para sostenerse. Bastantes de esos que así se aproximan, por ventura ni os han leído. Estos postulantes conocen el ruido de un nombre, y les basta. No representan vuestra dirección estética; acaso, si os han leído, os han despellado el día antes en el café ó en el casino local; acaso por sus labios ha rodado la burla, la sátira envenenada, repetida como repite el niño las palabras gordas que escucha en la calle. No os fieis, pues: no os fieis de la cortesía que os mueve, de la cordialidad que os empuja, del deseo de hacer bien, tan natural en nuestros corazones cuando no se hallan gangrenados. Temed, sobre todo, que una debilidad de carácter os lleve á transigir y á manifestar una aprobación no sentida. Porque de esa concesión tendréis que pasar á otras, y os encontraréis, sin saber cómo, responsables de toda la orientación de una vida.

Y además, ¿quién está seguro de decir con certeza: este joven, este novicio, es palo de obra? ¿Quién es capaz de vaticinar—porque un vaticinio es lo que se nos pide—el éxito de un drama, el cómo caerá una novela, la cara que pondrán los lectores á una serie de artículos?

Los primeros trabajos de un escritor, rara vez dan idea exacta de sus aptitudes. Balzac escribió más de veinte novelas, que repudió y de las cuales no quiso reconocerse autor; detestables las creía, y la crítica está conforme en que lo eran. Los tempranos versos de Víctor Hugo en el colegio no valían nada. Racine empezó por un drama que hizo trizas. Casi siempre se presta un mal servicio á un autor, cuando se publican sus trabajos juveniles.

Dentro de mi modesta posición respecto á los genios que acabo de citar, á mí me ha sucedido que, á los veinte y pico de años, escribí mi primer cuento, y se lo leí al juez para mí más benévolo y al mismo tiempo más leal y recto que yo conocía: mi padre. Lo escuchó con atención suma, me pidió que repitiese la lectura, lo hice así, se quedó pensativo, y al fin, con el arranque penoso del que tiene que dar una mala noticia, me dijo severamente:

—No te da el naípe por ahí. No sirves para ese género. Debes renunciar á escribir cuentos para toda tu vida; es indudable que careces de las condiciones

del cuentista, que son rapidez y una gracia especial, como la que posee Alarcón, por ejemplo...

Y me avine completamente á la opinión de mi padre, y quemé aquel cuento, que se titulaba, si mal no recuerdo, *La mina*, y en seis ú ocho años no volví á pensar en contar un cuento á nadie; y acaso no hubiese vuelto en mi vida, si no acierta á caer en mis manos un artículo de Revista inglesa sobre la «primer herrumbre,» ó cosa así, de los autores; artículo atestado de hechos, en demostración de que los ensayos, para contar verdad, han de ser tenaces, repetidos y contrastados, no por un amigo ni por un círculo de amigos, sino por «una masa de lectores indiferentes y desinteresados.» Hízome esta teoría ceder á la tentación, reiterada y vencida siempre, de escribir otro cuento, y sobre todo de publicarlo; y á la verdad, no puedo quejarme de la suerte que, desde entonces, ha corrido esta parte de mi producción literaria.

Así es que, cuando se nos pide una opinión decisiva, es un lazo lo que se nos tiende, ó un lazo el que se tiende á sí propio el autor. Si nos equivocamos—y queda demostrado que es tan fácil equivocarse—y queda demostrado que es tan fácil equivocarse con la mejor intención—pesará siempre sobre nosotros la cuenta del error cometido. Debemos, pues, sistemáticamente, recusarnos.

Otro poeta ha seguido á Emilio Ferrari al sepulcro. El poeta se llamó Ricardo Gil. No he llegado á conocer de él sus obras, sus dos libros de versos, *De los quince á los treinta* y *La caja de música*. Si alguna vez le hablé, no lo recuerdo.

Era murciano. Es cuanto sé de su biografía, y no disculpo mi ignorancia: la confieso. Vivo tan alejada de lo que se llama *círculos literarios* (á excepción del Ateneo de Madrid, al cual sólo concurre determinadamente personal, aunque de lejos pueda parecer que todos los escritores han de frecuentarlo), que muchas existencias de personas más ó menos señaladas por sus merecimientos en varios ramos de las letras se deslizan íntegramente lejos de mí, fuera de mi radio. Y si á esto se añade que un escritor se encierre, como dicen que se encerró Ricardo Gil, en voluntaria penumbra, se explica la completa carencia de notas biográficas que respecto á él me aqueja.

Abro los libros—me los había enviado á su hora, cariñosamente dedicados—y los hojeo deteniéndome en algunas composiciones, para darme cuenta de lo que hemos perdido al perder á este poeta oculto bajo las hojas, no de las tímidas violetas, pero sí del papel de los diarios, que no le nombraban nunca. Y reconozco que era Ricardo Gil uno de los *menores*, según él mismo se define:

Lector: el vino que á ofrecer me atrevo
no es dulce, y en el alma no provoca
ni el delirio del genio, ni la loca
risa del vino nuevo.
Cuando su espuma á la cabeza sube,
no engendra pesadilla abrumadora,
sino la cife con ligera nube
del color de la aurora...

Estas estrofas de la *Invitación* dan la nota y la medida de la musa de Gil. Es en efecto su vino un vino que no embriaga, ni alza espuma. Su nota es plácida, benigna—de esa placidez y benignidad que parecen patrimonio de una generación postromántica, pero no curada aún de la melancolía del romanticismo.—Las nuevas corrientes literarias, el sentimiento nuevo, por decirlo así, de la generación contemporánea, no habían llegado hasta él; en su lira no encontraron eco. Y esta poesía donde no palpita una angustia intensa, ni una aspiración sedienta y de luengas alas, nos parece, en la orientación actual de nuestro espíritu, algo como manjar sin especias, ó tela palidecida donde los colores ya no despiertan el goce de mirar. En suma, el tiempo había pasado sobre los versos simpáticos y nobles de Ricardo Gil.

Citando de él algo que pueda dar idea de su mejor inspiración, recuerdo un soneto que, sólo por el primer verso (que acaso debiera ser el último, resumir el pensamiento), merece vivir siempre en las letras castellanas. Helo aquí.

Despierta, voluntad, que siempre es hora
de que velando estés; mas llegó el día
en que es tu sueño infame cobardía
si fué hasta aquí pereza soñadora.
Despierta; y la pasión enervadora,
la queja estéril y la duda impía
desvanézanse ya como la fría
lóbrega noche al despertar la aurora.
A la común batalla vuela, y riñe.
Trueca ya lo ideal por la bandera
que el lauro adorna ó que la sangre tñe,
y ante el peligro irguiéndote severa,
si no con la del triunfo, sé un momento
grande con la grandeza del intento.

EMILIA PARDO BAZÁN.



RIO ABAJO

Era un hermoso rincón. Curvábese allí el río. Después de venir encajonado entre altos cantiles, poco antes de llegar al molino hacía una revuelta, deslizando sus aguas á través del llano, casi á flor de tierra, en medio de los márgenes con árboles reverdecidos. A las orillas asomábanse juncos y espadañas como deseosas de bañarse en las tranquilas ondas que pasaban.

Situábase el molino en ese recodo del río, entre los dos puentes que lo cruzaban. Uno era recio, de mampostería, con el que salvaba el tumulto de las aguas fluviales el camino del pueblo. El otro, construido al modo rural con unas pobres tablas, á duras penas conseguía facilitar á las gentes y á los rebaños el acceso de margen á margen. Era una humilde pasarela, cuyas viejas tablas, repodridas, temblaban, amenazando desplomarse al paso de alguna caballería que se aventurara..

Pero aquel rincón, donde blanqueaban las espumas del agua en la represa del molino, era de una singular hermosura. Antes de llegar al rodezno, para moverlo, la corriente se remansaba, cesando en sus saltos pintorescos de cascada, y se embalsaba mansa, como contenta de que en su tranquila superficie cayese amable la fresca sombra de los ribereños árboles, de añoso tronco y de tupida fronda. Algunas ramas, al soplo del viento, rozaban á veces el haz de las ondas en calma.

Entre el verde de la arboleda, albeaban las tapias del molino. La recia muralla delantera daba allí cauce al río, y desde su borde se colgaba hacia fuera el ramaje de las madre selvas en flor, hasta casi á ras del agua que pasaba murmurando con un quedo lastimar de amores fugitivos y de silenciosas soledades. Como notas sangrientas reventaban en pobres tiestos los geráneos y algunos rosales salvajes, abriendo sus carmíneas flores al sol. Vieja y patriarcal, cubriendo sus retorcidos sarmientos con pámpanos nuevos, sobre el emparrado de la puerta tendíase perezosa la vid. A su sombra las bestias descansaban y los campesinos solían charlar. Luego, aquel rodezno inquieto, siempre girando y azotando la corriente, alzaba una canción de trabajo que esparcía rumores alegres por el campo. A distancia ya se oía su golpe continuo y se alcanzaba á ver el blanco encaje de las espumas que, después de revolverse un instante en la presa, seguían sobre las aguas, saltonas y caprichosas, río abajo. No era el rumor del rodezno incansable lo que denunciaba á distancia el molino. Era también aquel olor á madre selvas florecidas que llegaba á saludar, desde lejos, á cuantos por aquellos contornos pasaran.

Sobre todo, allí, en el molino, lo que había que ver, era á Mari-Marta. Cuando asomaba su cara morena, con dos ojos negros llenos de sol y unos cabellos negros como la noche, hasta las aguas parecían remansarse con una mayor quietud, como embelesadas, y hasta el rodezno, como galán desdeñado, salpicaba gotas á lo alto, como lágrimas. Entre las ramas de la madre selva, el rostro de la muchacha parecía una flor más.

No tenía más hijas el molinero. Mari-Marta era el encanto del viejo, que en ella se recreaba. Era lo mejor de su huerto, según decía orgulloso á los parroquianos.

Al ir al molino, con las caballerías cargando el grano, los viejos loaban las gracias de la moza y los muchachos solían galantemente requebrarla, encandilados del vivo mirar de aquellos ojos, ardientes y mimosos.

Nelo, sobre todo, tenía una devoción humilde, de can de rebaño. Todos los días, al alba y con sol de la tarde, pasaba y repasaba, detrás del hato, la pasarela, allá más arriba del molino. Anunciaban su llegada el son de las esquilas, al trotar por la vereda las cabras, retozonas y alegres, de vuelta al aprisco, y el ladrido del mastín, que al ventear la represa no contenía su regocijo. También Nelo, al avistar desde lejos el molino, rompía en un cantar de penas y amores que encantaba con sus ecos un instante el silencio de las montañas y la paz del valle.

Tal vez fuera casualidad, pero siempre, al primer ladrido del perro, en el huerto, atrafagada en fingidos menesteres, aparecía la saya roja de Mari-Marta, y como si en ello no pusiera intención alguna, soltaba su voz en un cantar, que parecía respuesta al que desde lejos llegaba, como implorante limosnero de camino. Igual todas las tardes, era un coloquio extraño, en que se ponían ternuras implícitamente confesadas.

Nunca se habían hablado. Tras de su rebaño pasaba Nelo, mirando á distancia hacia el molino, y en la huerta permanecía Mari-Marta hasta que el cabrero y su hato perdíanse, vereda adelante, entre los árboles. Aún el son de los cantares continuaba largo rato, comunicándolos á lo lejos. Eran las coplas un revuelo de almas, requebrándose, festejándose cariñosamente.

Pasaba siempre solo. Los otros cabreros, al desfilarse por la pasarela conduciendo sus ganados, artillaban el aire con el estruendo de sus silbos y de sus voces coléricas riñendo á las reses ariscas. Únicamente Nelo era como el amor mismo, poético y sentido, que pasara llamando y meciendo en sueños otra alma, abierta á las dulces quimeras de una espiritualista vaguedad..

Aquella polvareda, allá abajo, por el camino, cerca del puente grande, avisaba la aproximación del carro de Mundo, en dirección del pueblo. Hacía, al obscurecer, su retorno. Las colleras de los machos avisaban á distancia, jubilosas, y al restallar el látigo, era llevado muy lejos por el viento su áspero chas-

quido. Y al entrar en el puente, la armazón del carro crujía con agrio rumor de hierros chirriantes, y los sillares parecían estremecerse bajo las ruedas enlanchadas.

Tumbado sobre las mercaderías, Mundo pasaba, delante del molino, fumando indiferente su pipa, con holganza de hombre satisfecho, á lo más caviloso de los buenos provechos del oficio.

Iban llenando á escape la bolsa los jornales del acarreo. Casa tenía y el carro era suyo. ¿Qué le faltaba? Nada; tomar mujer cuando le viniera en gana y le fuese necesario.

Cavilando en estas cosas, al pasar el puente una tarde, asaltóle la idea de desposar á Mari-Marta. Moza más garrida no hallaría en el lugar, ni más hacendosa, según contaban, ni de mejor carácter, á tenor de los elogios que las comadres hicieran. Pues era cosa de pensarlo y decidirlo. Achacosos andaban ya los viejos en su casa, y no sería malo llevar á ella mujer joven que afrontara el doméstico laboreo.

En madurar la resolución no tardó arriba de dos días. Y pasando del propósito al hecho, una tarde adelantó unas horas el regreso al pueblo para hacer un breve alto en el molino. Al llegar al puente, chiriando el herraje del carro y haciendo este con su pesadumbre, al rodar, estremecer los graníticos sillares, gritó al macho para que parara y los duros cascos del animal, sumiso á las voces, parecía que se clavaron en tierra.

Breves fueron las palabras cruzadas entre Mundo y el molinero. Hombre éste con un gran sentido de la vida, ya entrado en años y burlador de ensueños juveniles, allanóse á la demanda del carrero, expuesta en mundos términos.

Era una fortuna para la moza. Llamóla el padre, transmitiéndole la petición de Mundo. Quedóse ella sorprendida y nada dijo, porque en aquel instante lejano resonaba el rumor de las esquilas de un rebaño, el ladrar de un perro y el eco melancólico de una canción de zagal, despabilando la quietud del valle.

Mari-Marta estremeciése. Era todo aquello lo que amaba con querencia ideal, con ilusión del alma. Era como el ansia de su espíritu por la paz del campo, por la poesía de la naturaleza, por el sosiego de la vida y hasta por el cariño íntimo, vago, inconfesado, pero fuertemente sentido, de los hombres.

Aquello era su niñez en calma, su ternura hecha

Tras de su rebaño pasaba Nelo, mirando á distancia hacia el molino

canciones, su corazón abierto á las espontaneidades del vivir, como las rosas nuevas al sol.

A lo largo de la pasarela desfiló trotón el hato, y tras él el pastor, cantando, y bien pronto con su rumor de música aldeana y su sabor de poesía bucólica, desvaneciéndose á lo lejos la pintoresca caravana, como un humilde amor que pasa...

No contestó Mari-Marta aquella tarde al cantar de Nelo. Todavía, en el silencio del aire, las últimas palabras de la copla lloraban con dejos de tristeza, de soledades.

Presa de emoción, la moza callaba, y sonreía, y lloraba. Frente á la vida, en aquel instante resolvía el curso de sus futuros destinos. Con la imaginación reviviendo y amando los ensueños pasados, por primera vez sentía morir su ilusión primera. Y más allá, la realidad con sus certidumbres tiránicas mostrábale la verdadera senda, la única verdad. En la vida, la primera verdad es vivir.

Contestó entonces. Casaría con Mundo. Allá en el pueblo, ya desposada, comenzaría su vida de lucha, de abnegación y de deberes. Entraba, pues, en el límite, en los días de novia, en que se lloran los sueños que fueron y se anhela con las esperanzas que vendrán, y en que se mezclan las tristezas por lo pasado y los júbilos que presienten el porvenir...

Casóse la moza con Mundo y al pueblo se la llevaron. Ya no volvió á asomar la cara morena de ella entre el ramaje de la madre selva en flor, ni se volvió á oír el acento de su voz, alegrando la dormida quietud del valle con el rumor plácido de su cantar.

Continuó el río remansando sus aguas, en la represa y el rodezno del molino azotándolas hasta hacerlas blanquear con el encaje de las espumas. A cada primavera, los rosales se cubrieron de capullos nuevos. No cesó de florecer, con pródiga hermosura, la madre selva que, al borde del murallón, caía sobre el río.

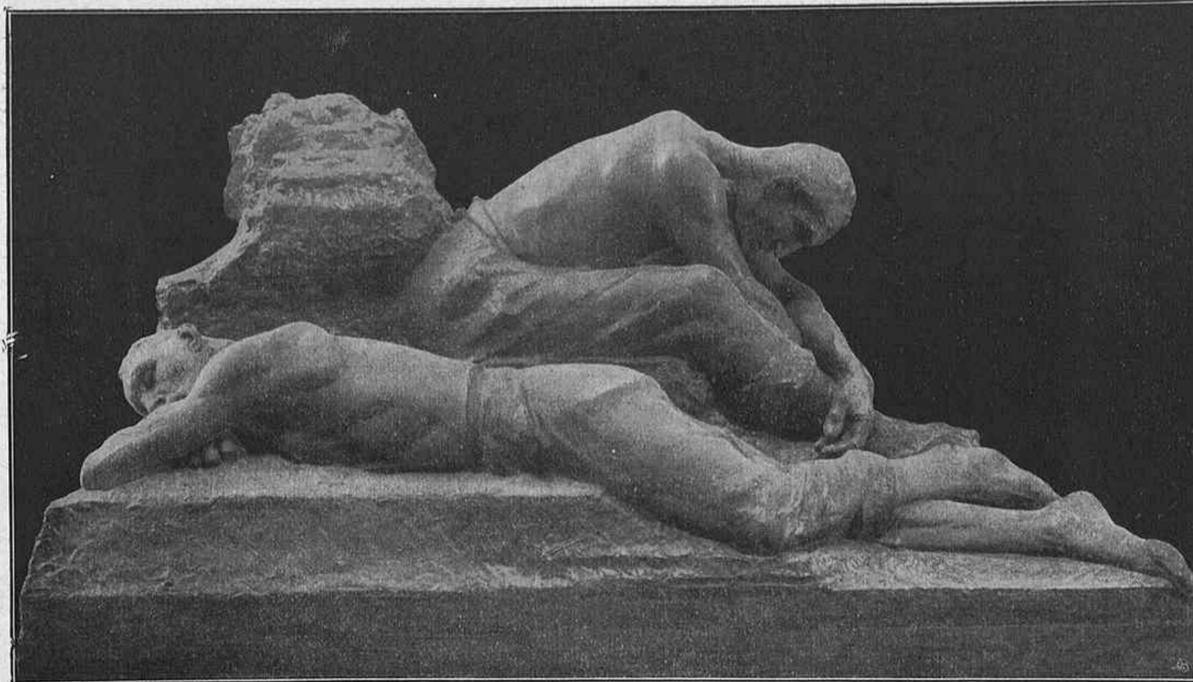
También, al tornar al aprisco, el rebaño cenaba sus esquilas en la paz del campo.

Pero no se oyeron más cantares. Nelo calló de tristeza al bajar la vereda de la montaña. Mari-Marta no estaba ya en el molino.

Aquel rincón de naturaleza ahora parecía trágico en sus silencios, á pesar de que los árboles, inmutables, reverdecían, las aguas del río seguían imperturbablemente su curso y que las matas salvajes se cargaban de flores. Allí faltaba el alma. Eran unas coplas que estremecían el amor.

Desde la pasarela, en pie, inmóvil y silencioso, Nelo contemplaba el molino como una casa de muertos.

Quizás comprendiera, instintivamente, lo inútil que es luchar contra la corriente de la vida, viendo como las aguas del río iban hacia abajo, como el viento se llevaba al llano el olor de las flores del huerto, como la aldea, con su pintoresco caserío, absorbía también, reclamándola para sí, el alma del solitario molino.



La siesta del obrero, escultura de Carlos van der Stappen

Todo en la vida, sí, como las aguas, va indeclinablemente, á violencia ó á la deriva, río abajo...

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

cuales merecen especial mención Carlos Samuel, Julio Lagae, Gastón van Hove, Guillermo Charlier, de Vreese, Víctor Rousseau y de Haen.



San Miguel, escultura de Carlos van der Stappen

ESULTURAS DE CARLOS VAN DER STAPPEN.

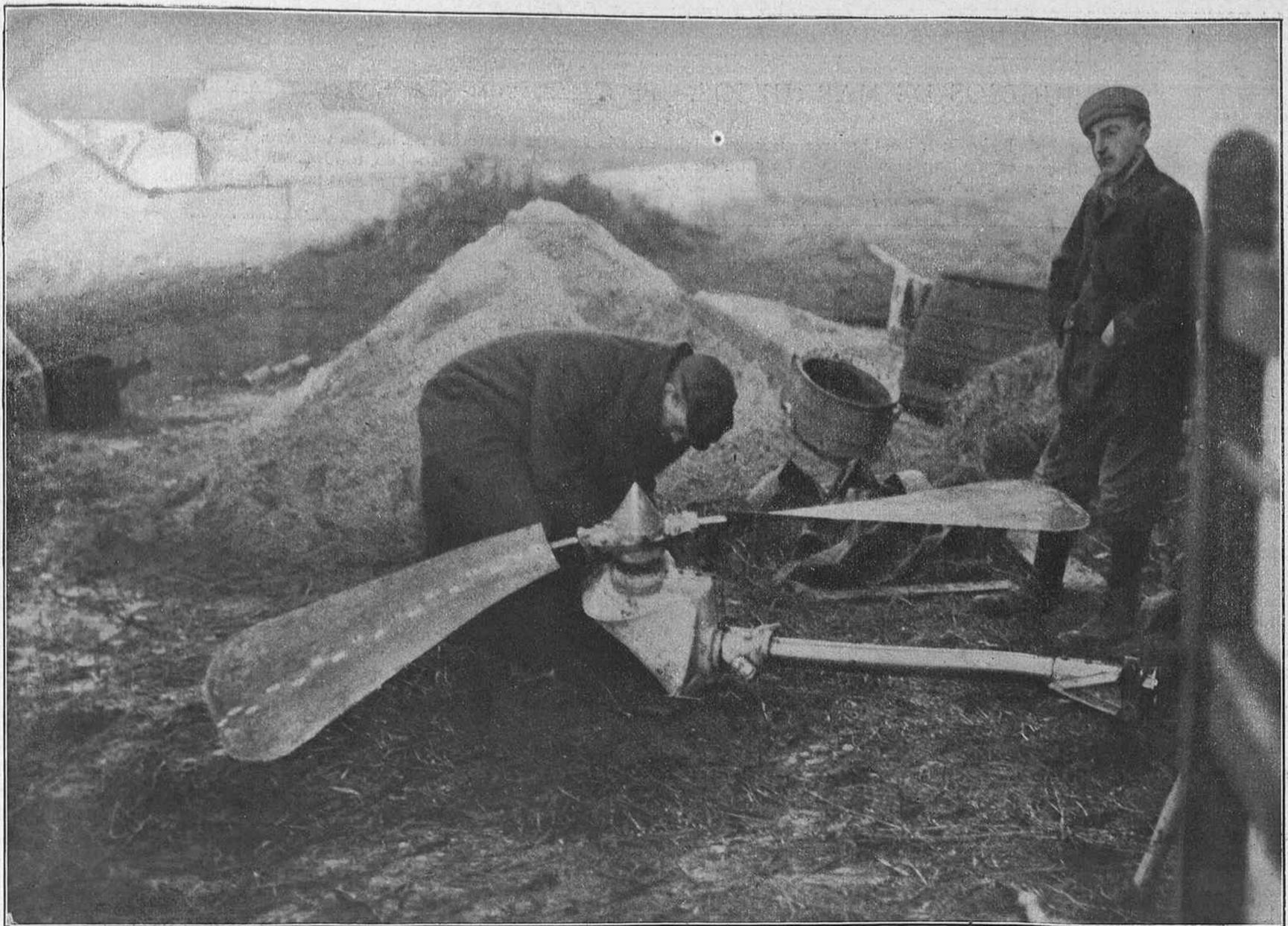
En el número 1.349 de esta revista expusimos algunos datos biográficos de ese escultor y señalamos la influencia que ha ejercido en la moderna escuela plástica belga. Al reproducir hoy dos nuevas obras suyas, no hemos de repetir lo que entonces dijimos y únicamente añadiremos que Carlos van der Stappen es, desde 1883, profesor de modelado del natural, de composición y de expresión en la Academia de Bellas Artes de Bruselas, y que bajo su excelente dirección se han formado multitud de artistas que honran á su maestro y á su patria, y entre los

EL GLOBO DIRIGIBLE FRANCÉS

«PATRIE»

El día 29 de noviembre último, el globo dirigible del ministerio de la Guerra de Francia, *Patrie*, cuyas pruebas habían dado tan excelentes resultados en París, efectuó una salida de Verdun, llevando en su barquilla al general de división Andry y á otros seis individuos, oficiales del ejército y mecánicos. Después de varias evoluciones, emprendió su marcha hacia el Este, pero á los diez minutos se le vió detenerse, por haberse estropeado el magneto, y los aeronautas hubieron de descender junto á la aldea de Solesmes. Mientras se enviaba por los materiales necesarios para la reparación, quedó el aerostato custodiado por algunos soldados. A la mañana siguiente desencadenóse un vendaval; una violenta ráfaga arrastró el globo y á los 200 hombres que lo aguantaban, y otra tumbó el globo, rompiéndole el timón y las aletas. Ante el peligro que esto suponía, el teniente Lenoir, después de haber intentado en vano tirar de la cuerda de desgarrar, mandó soltar el *Patrie*, que se elevó rápidamente y partió en dirección al Oeste con una velocidad de 60 á 80 kilómetros por hora.

Transcurrieron algunos días sin tener noticias del dirigible, hasta que un despacho de Londres, fechado el 4 de este mes, anunció que el domingo anterior el *Patrie* había ido á caer en una finca de Ballidavey (Irlanda), abriendo en la tierra un hoyo de dos metros de largo por uno de profundidad y perdiendo, á consecuencia del choque, algunas piezas de la maquinaria; libre de este peso, ascendió de nuevo y desde entonces nada ha vuelto á saberse de él. Un destacamento de la guarnición del Belfast fué á recoger las piezas caídas, de las que se hizo cargo el capitán Meynell, oficial del ministerio de la Guerra inglés, por delegación del gobierno francés, y que han sido depositadas en el cuartel Victoria, de la citada población.—R.



El capitán inglés Meynell, reconociendo las piezas del aparato propulsor del «Patrie» que perdió éste al tocar tierra en la finca de Ballidavey (Irlanda), antes de hacerse cargo de ellas por delegación del gobierno francés



El capitán Meynell dirigiendo la operación de cargar en una carreta las piezas del «Patrie.» (De fotografías de «World's Graphic Press.»)

LOS SUCESOS DE MARRUECOS.— EN CASABLANCA.— EN LA FRONTERA ARGELINA

En Casablanca reina tranquilidad absoluta, pues hace mucho tiempo que las tropas españolas y francesas no han visto al enemigo; y el sultán Abd-el-Aziz continúa en Rabat, negociando con los representantes diplomáticos sobre la organización de la policía en los puertos designados por la conferencia de Algeciras y sobre un empréstito que, según parece, le hará Francia para atender á las más perentorias necesidades del imperio.

Muley Hafid salió el día 28 de noviembre de la ciudad de Marruecos, en dirección á Mazagán, según unos, y según otros, á los territorios de las tribus de los tadlas, sraghnas y beni-meskinés para castigar á éstas por haberse rebelado contra los caídos que él les había impuesto. Las últimas noticias dicen que ha regresado á Marruecos, lo cual demuestra que sus asuntos no deben ir tan bien como pretenden hacer creer sus partidarios. Dícese también que el sultán Abd-el-

Aziz ha enviado á aquella ciudad un emisario encargado de entablar negociaciones de paz con su hermano.

Como si una mano oculta trabajara para que continúe la agitación marroquí, dando con ello motivo á que se vaya haciendo más efectiva la penetración armada de Francia en aquel imperio, la suspensión de las operaciones en Casablanca ha coincidido con

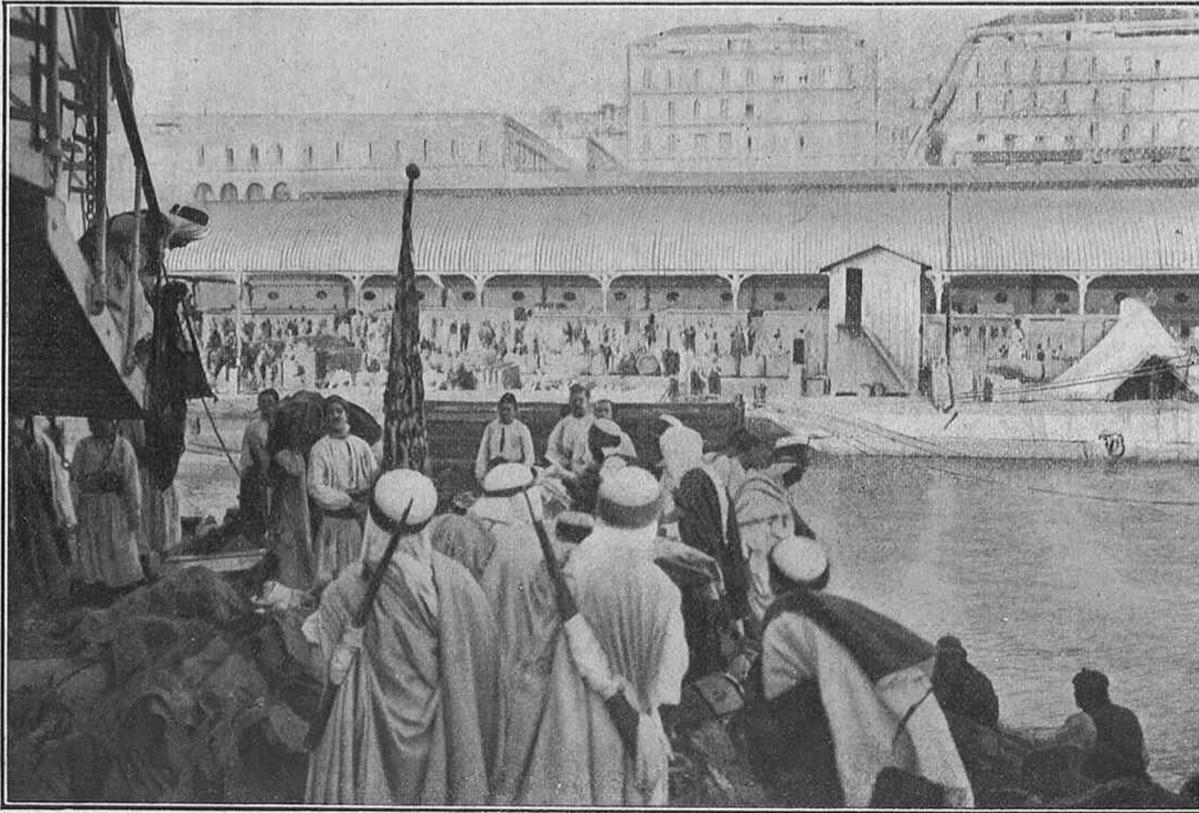
graves sucesos ocurridos en la frontera marroquí-argelina. La tribu de los beni snassen, cuyas incursiones habían obligado á las tropas francesas de Ujda á

habían recibido. Varios otros combates se han librado, todos favorables á los franceses, que han recuperado las posiciones perdidas; los beni-snassen se han visto al fin obligados á repasar la frontera.

Escarmentados duramente, los beni snassen al fin han solicitado el *amán*, ó perdón, á cual efecto han enviado una delegación al general Liautey, que desde hace días se halla en Lala Marnia, tomando las necesarias disposiciones para repeler cualquier nuevo ataque que pudiera intentarse. Mientras negociaban la paz, los rebeldes procuran poner á salvo sus bienes, confiando sus rebaños al cuidado de tribus vecinas, que sin ser aliadas suyas, tampoco les son hostiles.

En Argelia se ha organizado un nuevo *gum* que ha de reemplazar al que se halla en Casablanca desde el mes de agosto. El gobernador general, M. Jonart, recibió el día 2 de los corrientes á los jefes indígenas designados para el mando

del *gum* y les dió las gracias por su lealtad á Francia, asegurándoles que los *gumiers* podían estar tranquilos respecto de sus familias, pues éstas, durante su ausencia, serán atendidas con la mayor solicitud. El jefe del *gum* expedicionario, á cuyo embarque en el puerto de Argel se refieren las adjuntas fotografías, es hijo del bach-*agha* Lakhdar, antiguo y leal servidor de Francia.—R.



ARGEL. — Los *gumiers* que forman parte del *gum* destinado á reemplazar al que desde el mes de agosto se halla en Casablanca, en el muelle de Argel antes de embarcarse

realizar frecuentes exploraciones, sorprendió el día 26 de noviembre á una patrulla, obligándola á retirarse con algunas bajas. Para ello los marroquíes hubieron de atravesar la frontera argelina, circunstancia que aumenta la gravedad de la agresión.

Tres días después reprodujeron los marroquíes sus ataques, pero esta vez fueron rechazados con grandes pérdidas, gracias á los refuerzos que los franceses



ARGEL. — Embarque de los *gumiers* que forman parte del *gum* recientemente organizado en Argelia para reemplazar al que desde el mes de agosto se halla en Casablanca (De fotografías de Carlos Trampus.)

EL EMINENTE BACTERIÓLOGO DR. D. JAIME FERRÁN

El Instituto de Francia ha concedido recientemente al Dr. Ferrán una parte del premio Breant, que en 1849 instituyó el ilustre químico de este

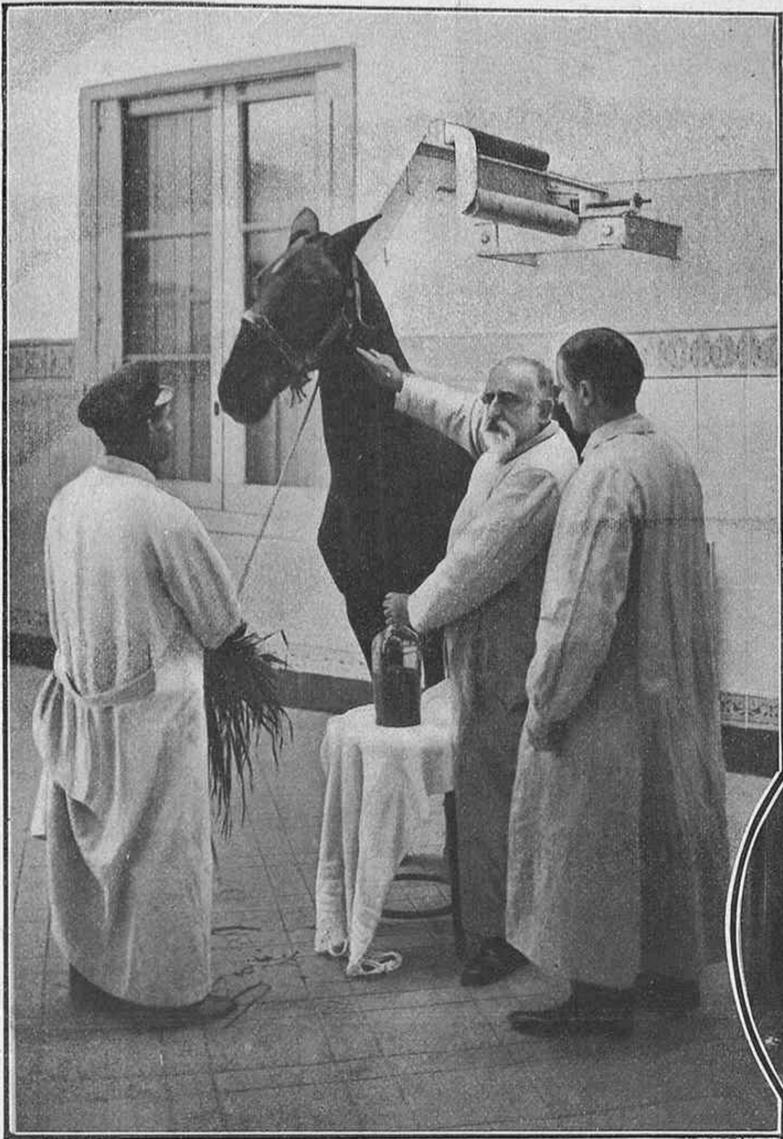
las cuales se hacen los más grandes y justos elogios del Dr. Ferrán.

El citado profesor Renou dice: «Su obra ha abierto nuevos caminos, no sospechados hace quince años.» M. Alfredo Giard, miembro del Instituto de Francia, profesor de la Sorbona y presidente de la Sociedad de Biología, ha escrito con el asentimiento unánime del Consejo de esta última entidad, de la cual forman parte todas las notabilidades de la ciencia francesa: «Todos cuantos saben en qué modestas condiciones de instalación y con qué irrisoria ayuda ha podido efectuar el doctor Ferrán sus investigaciones originales que tantos esfuerzos suponen y á obtener de ellos los brillantes resultados que ha alcanzado, están conformes en afirmar que su carácter está á la al-

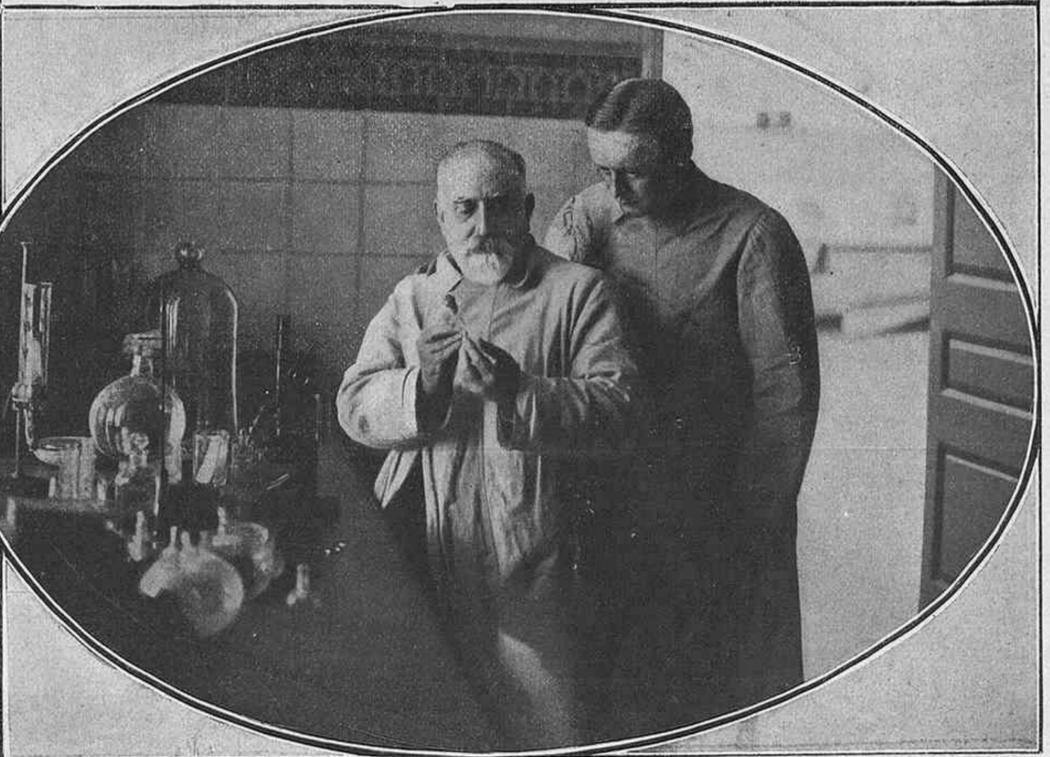
que honran á su patria, así por los servicios prestados como por los descubrimientos fecundos, hay que citar en primer término al Dr. Ferrán.» Los célebres doctores Roux y Metchnikoff, verdaderas autoridades en la materia, afirman que los trabajos del Dr. Ferrán sobre el cólera «han sido el punto de partida de las investigaciones, desde entonces tan numerosas, sobre el vibrión colérico, que han determinado tan interesantes descubrimientos.»

El Dr. Fransa, de Lisboa, ha escrito: «El Dr. Ferrán es indiscutiblemente un bacteriólogo que por sus trabajos merece la consideración de aquellos que aprecian los esfuerzos tenaces de un hombre que, en medio de la mayor oposición, consigue hacer triunfar sus ideas. Trabajando en una humilde instalación, el sabio bacteriólogo consiguió dotar á la ciencia de un procedimiento de inmunización que más tarde otros hicieron triunfar intentando borrar el nombre de su descubridor. La inmunización, bien con las bacterias vivas, bien con las muertas, fué desde 1885 establecida por Ferrán con una precisión que los dardos de sus perseguidores no lograrán borrar.»

La concesión del premio Breant y la felicitación



El Dr. Ferrán sangrando un caballo para la obtención de sueros



El Dr. Ferrán en su mesa de trabajo, acompañado de su auxiliar Sr. Grove

nombre para quien descubriera el medio de curar el cólera asiático. La distinción de que ha sido objeto nuestro sabio compatriota es tanto más importante cuanto que esta es la primera vez que desde su fundación ese premio se adjudica.

El Dr. Ferrán, cuyos estudios y trabajos de vacunación antirrábica y de profilaxis del cólera son universalmente conocidos, ha añadido recientemente un descubrimiento más á

los muchos realizados por él en el transcurso de su gloriosa carrera, el del saqueo de los microbios, que según afirmación de M. Renou, profesor de la facultad de Medicina y médico del Hospital de París, está hoy á la orden del día en todas las sociedades científicas del mundo.

Como todos los sabios y los precursores, el Dr. Ferrán ha sido muy combatido en España, y aún recordamos las campañas durísimas que contra él se hicieron cuando sus primeros ensayos del procedimiento de la vacunación anticolérica, de ese mismo procedimiento que ahora le ha valido el tan solicitado premio Breant. Pero enfrente de todo lo que contra él se ha dicho, pueden ponerse las opiniones de numerosas eminencias extranjeras públicamente emitidas y en

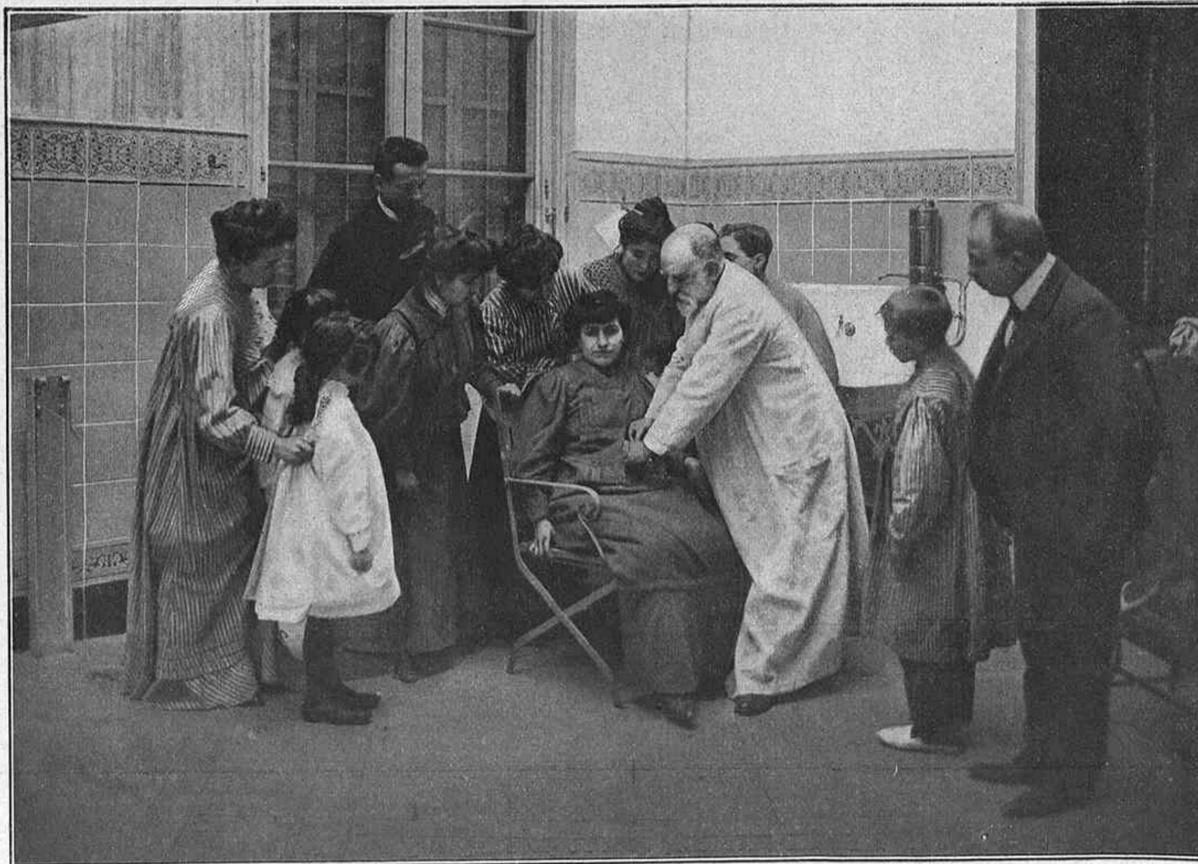
tura de su valor científico.» Carlos Richet, profesor de Fisiología

de la facultad de Medicina y miembro de la Academia de Medicina de París, dice: «Entre los hombres

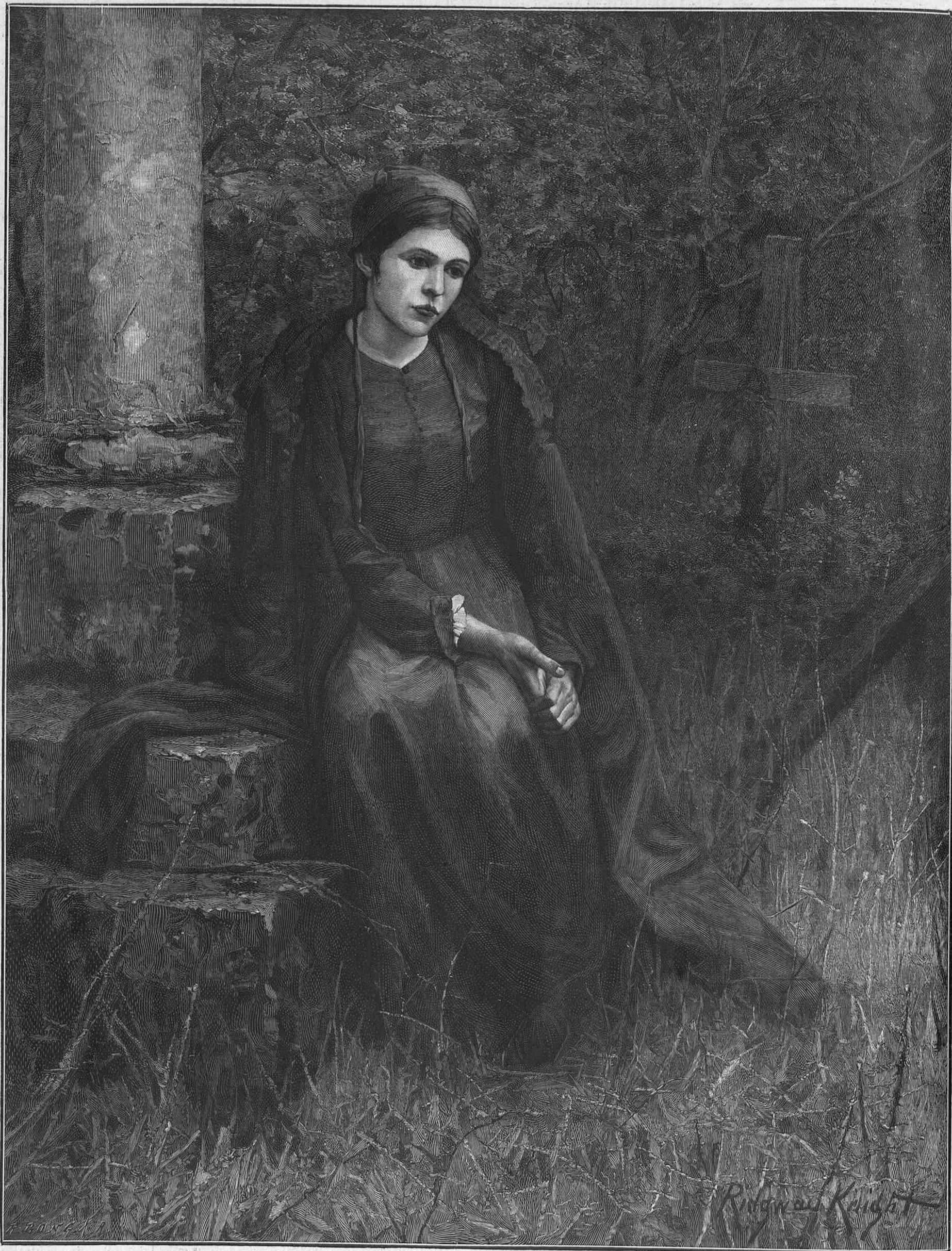
entusiasta de la Academia de Ciencias de París, son la mejor consagración de tan laudatorios juicios.

Y del mismo modo podríamos copiar conceptos no menos ercomiásticos de sabios ilustres tan universalmente reconocidos como Bouchard, Calmette, del Instituto Pasteur, de Lila; Van Ermengen, profesor de la Universidad de Gante; Negri, de la Universidad de Pavía; Hansen, de Copenhague; Ehrlich, del Real Instituto de Terapia de Francfort, y otros.

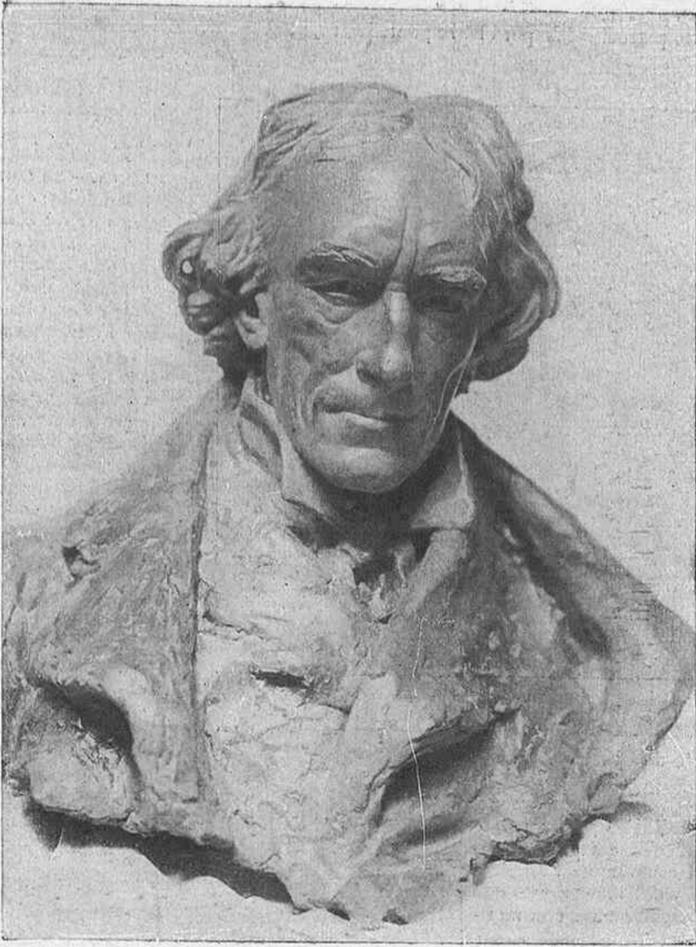
Actualmente el doctor Ferrán se halla al frente del Instituto de Patología experimental y de Higiene, instalado en la Sagrera (Barcelona). Allí han sido tomadas las fotografías que los adjuntos grabados reproducen y en una de las cuales está practicando la vacunación antirrábica á ocho individuos de una misma familia que el día 1.º de este mes fueron mordidos por un perro rabioso, propiedad de uno de ellos.



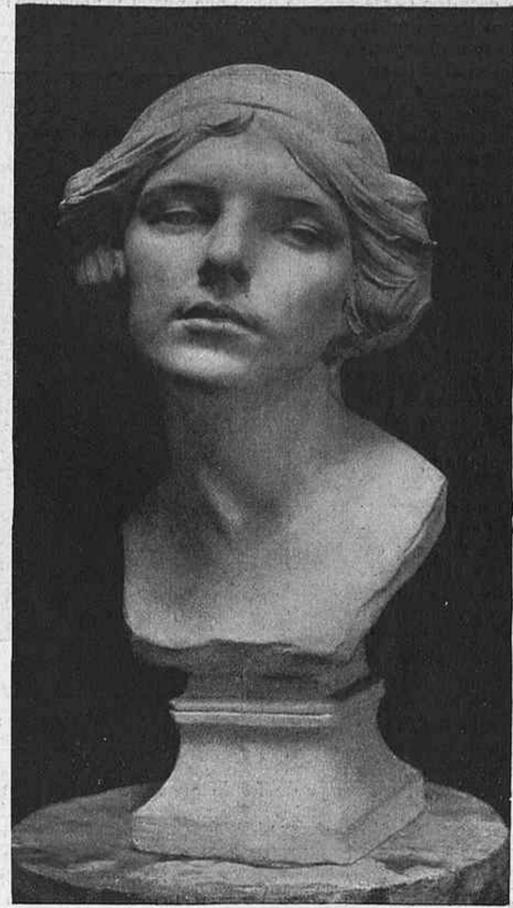
El Dr. Ferrán practicando la vacunación antirrábica á varios individuos de una misma familia, mordidos recientemente por un perro hidrófobo. (Fotografías de A. Merletti.)



ABANDONADA, cuadro de Ringway Knight



El famoso actor inglés Enrique Irving,
busto en bronce de Courtenay Pollok



Estudio de cabeza,
busto en mármol, modelado por J. Herberto Morcom

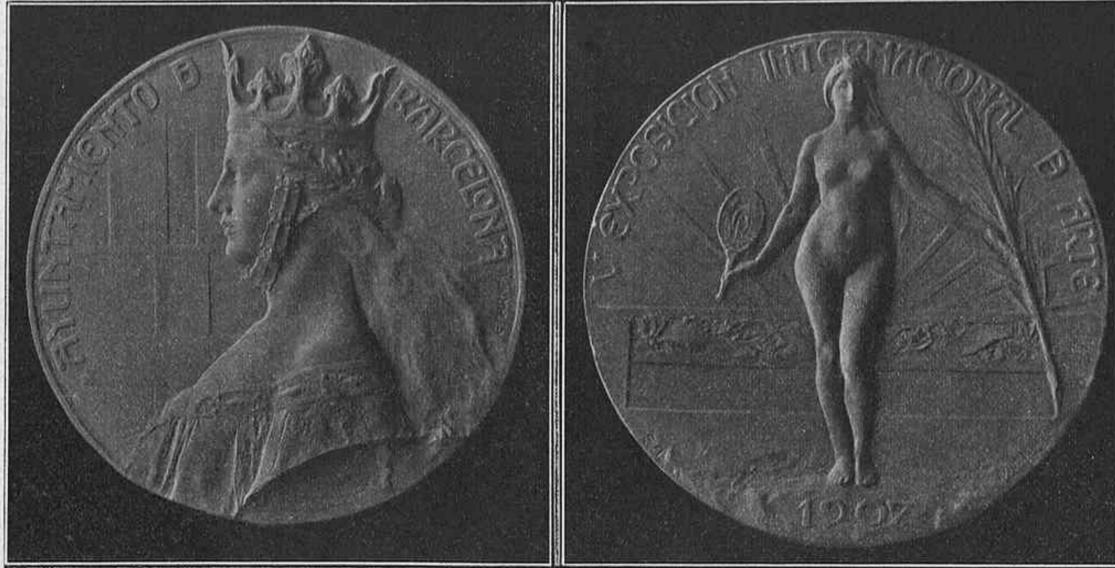


Lo inevitable, escultura de Anibal del Lotto. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907)

MEDALLA CONMEMORATIVA, POR E. ARNAU

El celebrado escultor barcelonés ha dado una nueva prueba de su talento con la ejecución de esta medalla que el Ayuntamiento de esta ciudad le encargó para conmemorar la V Exposición Internacional de Arte, celebrada este año con un éxito superior á cuanto podían esperar los más optimistas.

Lo mismo el busto de la matrona, cuyas sienes ciñela corona condal y que representa á Barcelona, siendo la expresión, seria, pero exenta de altivez, de su fisonomía, imagen adecuada del carácter reflexivo genuinamente catalán, que la figura desnuda, en cuyas manos vemos el espejo de la verdad y la palma de la recompensa, están modeladas con irreprochable corrección y se ajustan perfectamente á los cánones que hoy prevalecen en este género artístico, cultivado en la actualidad por los más famosos escultores de todo el mundo. Una y otra están tratadas con toda la amplitud compatible con las exigencias del tamaño y forman un conjunto lleno de carácter y del todo adecuado al objeto á que la medalla se destina. Avalora la belleza de la obra la sobriedad de accesorios, de los cuales hay únicamente los necesarios para servir de fondo apropiado á las figuras que son el elemento principal de la composición.

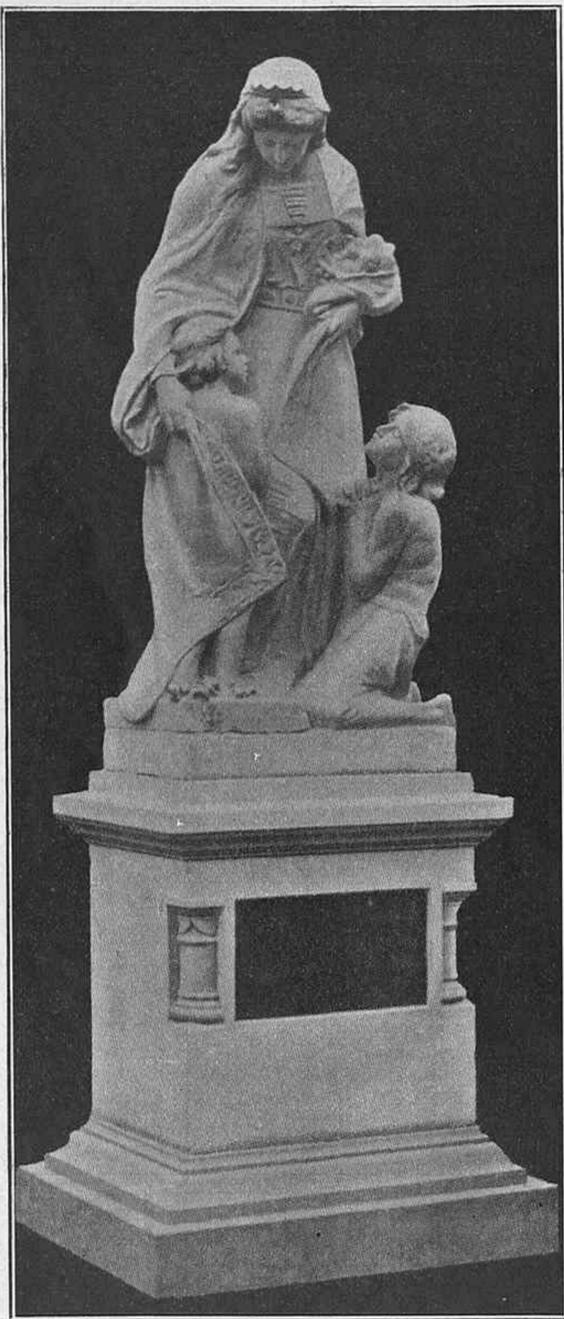


Medalla conmemorativa de la V Exposición Internacional de Arte de Barcelona (1907), acuñada por Rodríguez, según modelo de Eusebio Arnau

MONUMENTO Á SANTA ISABEL,

OBRA DE A. RIGELE

En toda Hungría se han celebrado recientemente grandes fiestas en conmemoración del séptimo centenario del nacimiento de Santa Isabel, hija del rey Andrés II y de Gertrudis,



Monumento á Santa Isabel de Hungría, recientemente inaugurado en Pressburgo, obra de A. Rigele

turalmente en la ciudad de Pressburgo, en la que nació aquella santa, que fué verdadera madre de los pobres. Las solemnidades del jubileo han sido patrocinadas por el

ranza, es una figura grandiosamente concebida. El grupo, altamente conmovedor, está modelado con toda la energía que requiere la fuerza dramática del asunto.

emperador Francisco José, quien, no pudiendo asistir personalmente á ellas, á causa de estar convaleciente de una enfermedad, delegó su representación en el archiduque Federico. La inauguración de un asilo para niños y del monumento que adjunto reproducimos, han sido los principales actos con motivo del jubileo efectuados.

El monumento ha sido erigido en el patio del prebostazgo de Pressburgo, y es obra del joven escultor A. Rigele, nacido en aquella ciudad en 1877 y discípulo del profesor Hellmer, de Viena. En él está representada Santa Isabel amparando á unos niños desvalidos y llevando un ramo de rosas que recuerda uno de los más poéticos episodios de su vida. Lo mismo las figuras de los niños que la de la santa están modeladas con gran corrección y sobre todo con un sentimiento que demuestra que el artista ha sabido identificarse y emocionarse con el hermoso pensamiento en que se ha inspirado.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 809, 816 y 871.)

Amazona, cuadro de José Cusachs. — ¿Qué hemos de decir en elogio de ese cuadro y de su autor? Se trata de pintar tan justamente celebrado como Cusachs que, habiendo comenzado por ser un especialista en asuntos militares, ha ido extendiendo su acción artística hasta abarcar hoy en día los más diversos géneros y sobresalir en todos ellos. Y en cuanto á la obra suya que reproducimos, están pintados tan admirablemente la arrogante amazona y el esbelto caballo, que sus bellezas técnicas se imponen, sin necesidad de señalarlas.

Abandonada, cuadro de Ringway Knight. — Hay asuntos inagotables para el arte y el que ha inspirado este cuadro es uno de ellos. La mujer engañada y abandonada luego á su triste destino; toda una vida de dolor tras unos cortos momentos de mentida felicidad; tal vez un ser inocente condenado á arrastrar para siempre la cadena de un oprobio, que no por ser injusto é hijo de un punible convencionalismo social pesa menos sobre el que lo soporta; hé aquí lo que nos dice, esa figura hermosamente sentida por Ringway Knight. Ella por sí sola ya es digna de admiración, pero aun contribuye á hacerla más bella, á dar mayor intensidad á su expresión dolorosa el fúnebre lugar adonde la infeliz ha ido á llorar su desgracia.

Enrique Irving, busto en bronce de Courtenay Pollok. — Ese busto-retrato del famoso actor inglés es realmente un modelo en su género; en él no solamente vemos fielmente reproducida la fisonomía de Irving, sobradamente conocida por las muchísimas fotografías que la han popularizado en Inglaterra y fuera de ella, sino que además hallamos reflejado el carácter, el genio; el alma del eximio artista: sus ojos miran, observan; debajo de su frente se adivina una inteligencia privilegiada y en todo su semblante hay una expresión que parece comunicar al bronce el vigor de la vida física y las energías de la vida moral.

Estudio de cabeza, busto de J. H. Morcom. — Las obras de ese notable escultor inglés se distinguen por la poesía y por la gracia de la composición y por la corrección del modelado. Estas cualidades se advierten, sin grande esfuerzo, en el busto que reproducimos, y que por su expresión y por la pureza de sus líneas, ha de producir una impresión gratísima en cuantos lo contemplan.

Lo inevitable, escultura de Aníbal del Lotto. — Ha sido esta una de las obras más admiradas en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, y la crítica la ha calificado como una de las mejores esculturas de la joven escuela italiana contemporánea. Esa madre que se abraza al cadáver de su hijo, buscando quizás en él alguna palpación de vida y que contempla el amado rostro con una expresión de dolor indefinible, mezcla de terror y de un último destello de espe-

MISCELÁNEA

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La festa de les donelles*, comedia lírica en tres cuadros, letra de Miguel Ribas y Jaime Nonell, y música del maestro Esquerri; y *Por*, comedia en un acto, de F. Duquesnel, arreglada á la escena catalana por Narciso Sicars y Salvadó; en Romea *Animes perdudes*, drama en cuatro actos, de Francisco J. Godó; y *El tribunal de les aygues*, comedia en un acto, de José M. Pous; y en el Eldorado *Nido de águilas*, comedia en dos actos, de Manuel Linares Rivas.

En el Liceo la representación de la ópera de Puccini *La Tosca* ha proporcionado un nuevo triunfo al célebre tenor Sr. Anselmi, á quien han secundado admirablemente la señora Passini Vitale y el señor Kaschmann. Las representaciones de *La Walkiria* han sido otros tantos grandes éxitos para el maestro Kaheler, las señoras Kaftal y Passini-Vitale y los señores Vaccari y Kaschmann.

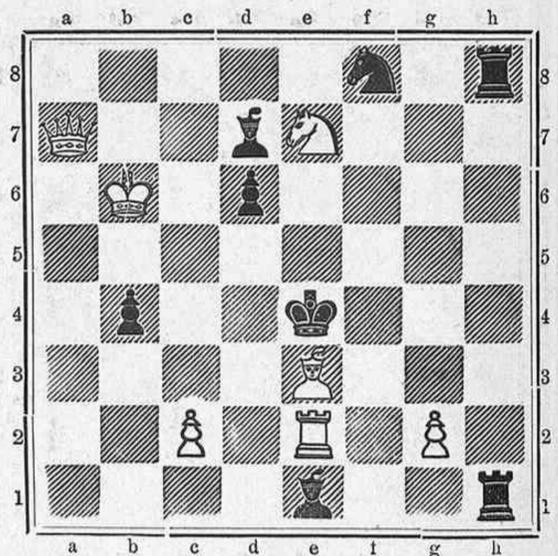
Necrología. — Han fallecido: Cayetano Brago, célebre violoncelista y compositor italiano Francisco Clintock, explorador irlandés que en 1848 acompañó á Franklin y á Ross en su expedición al Polo Norte. Gustavo Federico Hertzberg, historiógrafo alemán, profesor de la universidad de Halle y aurore de muchas é importantes obras, principalmente sobre la antigüedad griega ó romana. Pablo Ritter, pintor alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Nuremberg. Estanislao Wyspinanski, poeta y pintor polaco.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 483, POR V. MARÍN.

Mención honorífica del Concurso del *Armeeblat*, 1902.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

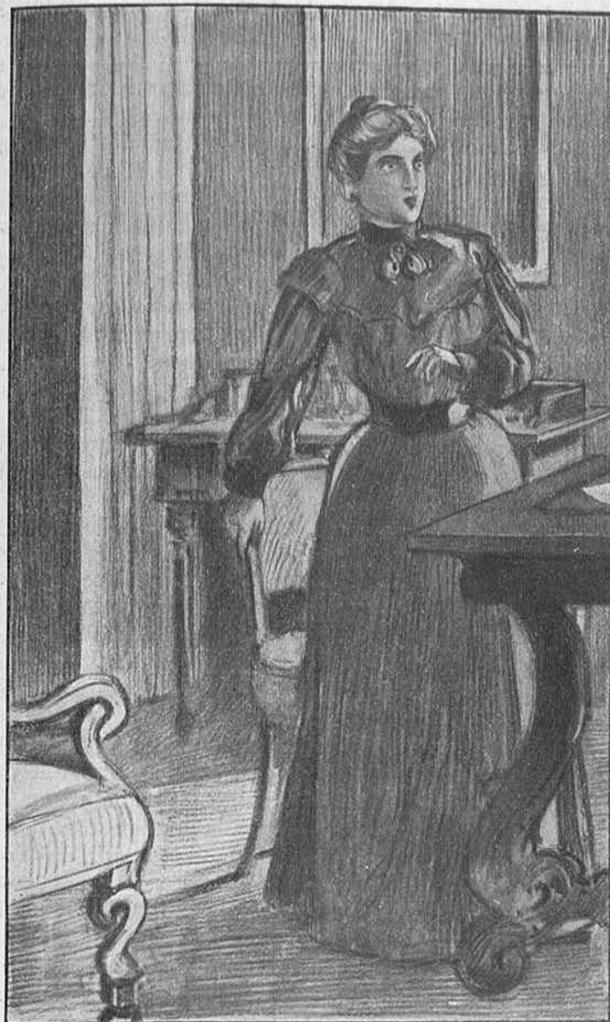
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 482, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cg7-f5 | 1. Re4xf5 |
| 2. Ac4-d3 jaq. | 2. Rf5-e6 |
| 3. D mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Re4-f3; 2. Cf5-h4 jaq., etc. c6-c5; 2. Da7-b7 jaq., etc. Cc8-b6; 2. Cf7-d6 jaq., etc. f4-f3; 2. Da7-e3 jaq., etc. Otra jug.ª; 2. Da7-d4 jaq., etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM creé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.



Apenas vió á Walton se puso en pie

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)



Mientras hacía todas estas reflexiones, el portero le observaba con curiosidad, sospechando sin duda que se trataba de algún asunto censurable.

—¿Oyó usted, preguntóle Walton, á qué punto dijo esa señorita que la condujeran?

—A la plaza de Euston.

—¿Eran las nueve en punto cuando se marchó?

—Yo le diré á usted; el coche debía venir aquí á las nueve; pero después fué preciso bajar el equipaje de la señorita, y aunque no constaba más que de un cofre y un maletín, se necesitó algún tiempo para cargarlo.

—Podemos calcular diez minutos, repuso Walton; muchas gracias.

Y se alejó presuroso.

Walton tomó un coche para que le condujeran á la estación de la Plaza de Euston. Su idea era que, calculando por el tiempo transcurrido desde las nueve, podría averiguar en qué tren había marchado Sara; suponiendo que hubiese partido diez minutos después, podía estar en la estación á las nueve y treinta y cinco; y como necesitaba al menos un cuarto de hora para tomar el billete y facturar el equipaje, lo más probable era que hubiese tomado un tren después de las nueve y cincuenta.

Se informó para saber cuál salía después de dicha hora y contestáronle que era el tren correo del Norte.

«Seguramente se habrá marchado en este,» dijo para sí.

Acto continuo fué á interrogar á los vigilantes y porteros de la estación, dando las señas de Sara lo mejor que le fué posible; mas no obtuvo el menor informe.

Decididamente quedaba burlado, y toda la energía que de diera pruebas resultaba inútil. Miraba á su alrededor con expresión de disgusto, sin ver ni oír nada; tanto era el pesar que le causaba este percance; pero de pronto le ocurrió una idea.

En la carta que Sara le había dejado para entregarla á su prima, era de suponer que indicase á qué punto pensaba dirigirse, y en tal caso, esto resolvería la dificultad. Miró su reloj, y como viera que todavía le quedaba tiempo para tomar el tren de mediodía para Dunthorpe, puso un telegrama para que el dueño de la posada de la Reina le tuviese preparado un vehículo, y dirigióse á la estación de Bishopsgate, donde llegó á tiempo para tomar un asiento de primera clase.

Una vez arrellanado entre los almohadones, sintióse más tranquilo y se entregó á diversas reflexiones sobre el incidente ocurrido. «¿Por qué diablos no se le ha de permitir á Sara que siga su camino?, se preguntó. ¿Qué importa que se vaya de una vez? De todos modos, siempre será esto mejor que estar viendo á cada instante su rostro pálido y su expresión amarga, como una censura continua por una

falta que jamás tuve intención de cometer. Hablaré sobre el asunto á su prima... Sin embargo, ¡pobre Sara! A pesar de todo, siento que se haya forjado ilusiones, y nunca pude suponer cuánto daño la estaba haciendo.»

Pero estas reflexiones eran demasiado sentimentales para Walton, y muy pronto cambió el rumbo de sus ideas, murmurando:

«¡Bah! Pensemos en otra cosa.»

XLVIII

EN PELIGRO

Walton comenzaba á sentir cierta desanimación, y atribuía en parte al cambio de tiempo y á la lluvia que comenzaba á caer, menos copiosa en la Plaza de Euston que en los sitios por donde pasaba, según pudo observar al acercarse el tren al puente de Lea. Entonces vió que los campos estaban cubiertos al menos por un palmo de agua, ó más bien convertidos en un río, mientras que sobre los coches del tren se oía caer la lluvia con inusitada fuerza.

«Mal negocio será este para nosotros,» murmuró Walton, contemplando con expresión inquieta aquella especie de inundación.

Al llegar á Stortford, se supo que había ocurrido un accidente en la línea y que el tren no podía seguir adelante. Las salas de espera y algunos coches se llenaron de pasajeros, que buscaban refugio para preservarse de la lluvia.

—¿Pero cuándo podremos marchar?, preguntó Walton á un portero.

—No lo sabemos, señor, contestó el hombre.

Lo mismo que los otros pasajeros, Walton quedó en la incertidumbre sobre lo que debería hacer.

Comenzó á pasear de un lado á otro con impaciencia, sin hacer caso del agua que le calaba hasta los huesos, y á cada instante consultaba su reloj. Había calculado que debía llegar á las tres á la granja; eran ya las cuatro y no veía señales de que se preparase ningún tren. Sin duda Susana le esperaría con ansiedad y, no sabiendo la causa de la tardanza, tal vez pensase que la culpa era de su mensajero. Cierta que le sería fácil sincerarse; pero la inquietud le atormentaba. La fortuna le era adversa; á cada paso encontraba un obstáculo, y lamentábase de ello amargamente.

Si hubiese tenido allí á su caballo *Jim*, fácilmente hubiera vencido la dificultad, pues la distancia que le separaba del Prado no era más que de quince millas, y en una hora podía recorrer este trayecto, á pesar de la lluvia. Pero á falta del suyo, bien podía tomar un caballo de alquiler para reirse del camino de hierro y de los pobres pasajeros que aguardaban el

tren. Sin embargo, quiso informarse otra vez para saber si habría esperanza de proseguir pronto su viaje por la vía férrea; y como nadie le diese la menor noticia satisfactoria, dirigióse á uno de los principales hoteles de la ciudad, donde era conocido, y preguntó al dueño si podía alquilar un caballo para ir á Dunthorpe.

—¡Cómo!, respondió sorprendido aquél. ¿Va usted á intentar el viaje á caballo hasta la granja con semejante tiempo? Ya tiene usted la ropa chorreando agua.

—Si es así, poco importa mojarme más. Dios sabe cuándo saldrá el tren; el asunto que traigo entre manos es urgente, y si puede usted facilitarme un caballo, me pondré en marcha al punto.

—Aún conservo la yegua que compré en Doncaster el año pasado; anda bien, pero es un poco espantadiza.

—Ya se corregirá el defecto con el agua. Dé usted orden de ensillarla.

El hombre vacilaba aún, pero érale forzoso complacer á Walton, no solamente porque tenía en él un buen parroquiano, sino porque le llevaba otros, y en su consecuencia mandó preparar el caballo. Tomás bebió una copa de aguardiente, y al ver que el caballo estaba ya á la puerta, se despidió, y montando en la yegua, la puso al trote.

El animal obedeció dócilmente, bien fuera porque reconociese la experta mano del que le conducía, ó por el efecto refrescante que le produjo el baño.

Una vez fuera de la ciudad, el viento comenzó á soplar con fuerza; la lluvia era tan densa á veces, que Walton no veía los objetos á más de dos varas de distancia; pero como conocía muy bien el camino, no temía perderse.

Por fortuna, la lluvia había cesado cuando llegó á la granja Harwood; una vez allí, comenzó á cruzar los campos, completamente inundados. La corriente del río iba muy crecida y violenta; pero Walton recordaba haberla visto mucho peor, y además, creía conocer un punto por donde podría cruzar con tanta facilidad como por el vado. En la orilla opuesta había un camino, comparativamente libre del agua, y también le llamó la atención un hombre que montaba un robusto caballo y que parecía vigilar sus movimientos, como si quisiera saber cuál era su propósito. Algunos instantes después, adivinando sin duda lo que Walton intentaba, comenzó á gritar y á gesticular, haciendo señas para que no atravesase el río por aquel sitio.

Walton oyó el sonido de la voz, y aunque no pudo entender las palabras, comprendió su significado. Aquella voz era la de Miguel Hazell, y por lo mismo que éste observaba sus movimientos, lanzóse con la

yegua en la corriente sin elegir antes el sitio con prudencia, como pensaba hacerlo.

El caballo avanzó con resolución al principio; pero la corriente era demasiado impetuosa, y la yegua retrocedió de pronto espantada y desmontó al jinete, que cayó en el agua.

Miguel, después de recorrer una corta distancia con su caballo á galope, obligó á éste á entrar en el río, y cogió á Walton por el cuello en el mismo instante en que la corriente le arrastraba.

—¡Agárrese usted bien á la silla!, gritó Miguel. Yo necesito ambas manos para sujetar el caballo al dar la vuelta.

El cuadrúpedo, por poderoso que fuera, vaciló un poco; pero Miguel pudo atraer hacia sí á Walton, mientras que la yegua de éste, comprendiendo el peligro, hizo un desesperado esfuerzo y pudo ganar la orilla, donde ya estaba su amo.

Walton se dejó caer en tierra jadeante y tan extenuado, que transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera hablar. Miguel se apeó al momento, y doblando una rodilla, levantó la cabeza del que había estado á punto de ahogarse.

—No puede usted haber tragado mucha agua, dijo Miguel, pues le he visto á usted nadar...

—No, murmuró Walton débilmente después de una larga pausa; pero... poco ha faltado para que me fuera... Jamás hubiera creído que el agua tuviese tanta fuerza.

—Si pudiera usted montar á caballo, repuso Miguel, le conduciría á usted á la casa más próxima.

—La granja del Prado es la que está más cerca...

Demasiado bien sabía esto Miguel, pero vacilaba en acceder á la proposición. No obstante, ayudó á Walton á levantarse y colocólo casi en la silla; después cogió con una mano la brida del caballo y con la otra sujetó al jinete, emprendiendo así la marcha á través de los campos.

Triste espectáculo era ver los rimeros de montones de grano y de haces de heno completamente empapados en agua y como humeado ya, lo cual indicaba un grave deterioro, si no completa pérdida. A Miguel le contristó profundamente esta evidencia de lo que Susana perdía, precisamente cuando practicaba las diligencias para devolverle su capital.

La joven, al ver á Walton con la cabeza inclinada, sin color y sosteniéndose con trabajo, preguntó á Miguel con aparente tranquilidad:

—¿Qué ha ocurrido?

—Walton, contestó Hazell, trataba de cruzar el río, pero su caballo resbaló y el jinete agotó sus fuerzas para salir del agua. Desearía que me cediese usted una habitación para el Sr. Walton.

Susana dió inmediatamente las instrucciones necesarias, y el buen Miguel, después de conducir á Walton al aposento que se le señaló, ayudóle á desnudarse, cogió una tohalla ordinaria y comenzó á friccionar el cuerpo hasta que la sangre circuló libremente. Después fué á buscar una bebida caliente, obligóle á tomarla, le arrolló en las mantas y le recomendó que permaneciese quieto hasta que él volviese de la Abadía con la ropa necesaria.

—Espere usted un instante, buen samaritano, dijo Walton con voz débil aún; mejor sería enviar un criado á buscar la ropa en vez de ir usted.

—Creo que sería mejor que fuese yo, pues su madre y sus hermanas estarán sin duda inquietas; y yo les daría la explicación necesaria para que se tranquilizaran.

—Mi madre se alarmaría, repuso cerrando los ojos, porque hasta una avispa le da miedo, y no dudo de que ahora está en cama, imaginándose que hemos llegado al segundo diluvio; mas no tengo el menor cuidado por mis hermanas.

—De todos modos, iré á tranquilizar á su madre.

—No es necesario decirle que estoy aquí, porque cree que me hallo en Londres; y además, dentro de una hora ó dos podré levantarme, pues no siento más que debilidad. El tiempo pasado en la estación, mi carrera á través de la lluvia y mis esfuerzos en aquel horrible río, agotaron mis fuerzas. Yo me creía ya perdido, amigo Hazell, en el momento en que usted me cogió. ¿Qué ha sido de la yegua?

—No he tenido tiempo para pensar en ella, contestó Miguel; pero pronto sabremos dónde está, porque Tobias Carter ha ido á buscarla.

—Pues bien, envíe usted á buscar mi ropa y quédese aquí. Quisiera que dijera usted á Susana... á la señorita Holt, que Sara se me ha escapado, aunque hice cuanto estuvo de mi parte; pero me ha dado una carta para su prima, que usted encontrará en el bolsillo de mi sobretodo. Yo pensé que en ella diría tal vez adónde iba, y por eso era tanto mi afán por llegar cuanto antes.

Miguel accedió á los deseos de Walton, después de haberle referido éste brevemente los detalles de

su persecución y su creencia de que Sara había marchado por el tren del Norte.

—¡El Norte!, exclamó Miguel; pues entonces no puede dudarse de que Sara ha ido á casa de su tía, la señora Fyfe.

XLIX

CONFESIÓN

Susana, poseída de una vaga inquietud, sin explicarse por qué subió á la buhardilla de la casa, y asomada á la ventana, pudo ver los campos cubiertos de agua. La lluvia había cesado hacía poco; más apenas transcurridos diez minutos oyóse un trueno espantoso, frecuentes relámpagos rasgaron las nubes y, en el momento en que la joven se apartaba de la ventana con las manos sobre los ojos, comenzó á caer de nuevo el agua á torrentes.

Poco á poco, los truenos resonaron más lejos, pero la lluvia continuó, oscureciéndose gradualmente la tierra, en la que á intervalos se reflejaba el resplandor de un relámpago.

Susana permanecía inmóvil, contemplando aquella tempestad que suponía la pérdida de su cosecha, y de consiguiente la ruina; su rostro, aunque sereno, estaba muy pálido, y su expresión era angustiosa; pero sus labios oprimidos parecían indicar que estaba resuelta á no dejarse vencer por el abatimiento.

El Sr. Patchett había ido á ver á Susana el día antes, y trató de persuadirla que no debía cambiar las disposiciones adoptadas por Miguel en favor suyo; mas no pudo conseguir que desistiera de su empeño. Después hízola comprender su verdadera situación, y le demostró que si devolvía aquel dinero que moralmente era en realidad suyo, debería depender en un todo del producto de la cosecha de aquel año para cubrir todos sus gastos, incluso el alquiler de la granja.

Pero ni aún esta alarmante perspectiva bastó para intimidar á Susana; y el abogado se retiró bajo la impresión de que la mujer, á quien siempre creyó tan práctica, era la más torpe que había conocido, por lo menos en materia de negocios.

A Susana le parecía oír la voz de Job, reclamándole desde la tumba que cumpliera sus deberes para con Miguel; y mientras contemplaba la tormenta, reflexionó sobre su triste situación, pero sin arrepentirse de lo que había hecho.

Walton *podía* ser un apoyo para ella; más, sabiendo ahora cuales eran los sentimientos de Sara respecto de él, no debía ya pensar ni remotamente en aquel hombre. Tan solo quería demostrarle cuanto valía Sara, y hacer feliz á su prima; y consolábala en cierto modo pensar que, aunque ella fuese desgraciada, érale posible aun hacer algo en favor de los demás.

La tempestad había pasado; pero seguía la lluvia. Aquella hora de tristeza evocó en Susana el recuerdo de cierto alegre día en que, sentada al pié del Prado, preguntábase á cual de sus pretendientes concedería su mano; y esta reflexión le hizo pensar después que había coqueteado tontamente, jugando con su felicidad, y que tal vez no debería ya esperar la nunca. Tuvo valor para reconocerlo así y confesárselo, mas no debía proclamarlo á voces; sufriría las consecuencias de su locura, fueran las que fuesen, y cumpliría con su deber para que nada pudiese perturbar su conciencia.

En medio de estas reflexiones, sobresaltóle la voz de Miguel, que de pronto oyó á su espalda.

—¿Por qué se ha escondido usted aquí, Susana? La he buscado á usted por todas partes, hasta que una de las criadas me dijo que la había visto subir á la buhardilla.

Susana se estremeció, pero mantúvose fría. —No creí que pudiera usted necesitarme, contestó con calma, separándose de la ventana.

A causa de la obscuridad, Miguel no pudo ver el rostro de la joven, ni su expresión de angustia; mas el tono de su voz parecía indicar que su presencia le era molesta, y sin duda por esto se ocultaba en la barandilla. La verdad es que Susana creía que Miguel se había ido ya, dejándola libre de cuidar á Walton.

Miguel era de esos hombres que no piensan en sí mismos cuando hay algo que hacer para los otros; y por eso ahora, desechando la desagradable sensación que le produjo la frialdad de Susana, no pensó más que en su cometido.

—Walton deseaba con ansiedad dar á usted cuenta de su misión, y me ha encargado á mí hacerlo. Ha traído esta carta de Sara para usted, y creo que debe leerla antes de manifestar yo á usted lo que ha hecho.

Susana tomó la carta y pasó por delante de Miguel diciendo:

—Vayamos abajo; siento mucho que se haya molestado tanto, buscándome.

Al oír estas palabras, Hazell se estremeció algo.

Bajaron á la sala, la joven encaudó el quinqué con la mayor tranquilidad, como si nada la preocupase, y entonces Miguel vió la intensa palidez de su rostro; esto le hizo olvidar su resolución de no hablar más que de Sara, y exclamó:

—¡Dios mío, Susana!... ¿Qué tiene usted? ¿Se siente acaso indispueta?

La mano de Susana tembló un poco al inclinar la pantalla, y Miguel pensó que aquella palidez era debida al accidente ocurrido á Walton.

—No me siento muy bien, contestó Susana lentamente, aunque con voz firme. Debe usted comprender cuanto es mi inquietud por la fuga de Sara, y también por las pérdidas que me ocasiona la tempestad.

La joven decía esto sin mirar á Miguel, cuya emoción era cada vez más profunda.

—Sí, repuso Hazell, después de mirar un momento á Susana con expresión de cariño, esa tempestad nos ocasionará á todos un gran perjuicio...

—¿Y no se podrá salvar nada?, exclamó impetuosamente la joven.

—Ya le he dicho á Carter lo que debe hacer, contestó Miguel.

Podía haber añadido que él mismo acababa de dirigir las operaciones, ayudando á los jornaleros con sus propias manos; pero no habló una sola palabra sobre su cariñoso celo.

Sin embargo, había dicho lo suficiente para que el agradecimiento dilatase el corazón de Susana, que al mismo tiempo se mordía los labios, enojada al recordar su propósito de no recibir auxilio alguno de Hazell, para demostrarle que no le necesitaba. Mientras ella estaba en la buhardilla, ociosa y entregada á sus reflexiones, Miguel, más práctico, había atendido al trabajo en que Susana debió pensar.

—Gracias, contestó ésta tranquilamente.

Y después de una pausa añadió con acento de amargura:

—Dicen que las desgracias no vienen nunca solas...

—Espero que los asuntos no irán tan mal como usted teme.

—Quisiera poder esperarlo así... Veamos ahora qué otro disgusto tengo en perspectiva.

Así diciendo, abrió la carta de su prima, y al principio no se notó cambio alguno en su fisonomía; después sus ojos brillaron de indignación y coloreáronse sus mejillas por efecto de la cólera, pero muy pronto palideció de nuevo. He aquí el contenido de la carta:

«Querida Susana: siento mucho que enviaras á Walton en busca mía. *No puedo* volver hasta que sepa que eres feliz, porque entonces tal vez me perdones lo que he hecho. Bien sabe Dios que entonces creía prestarte un servicio al proponerme averiguar si *él* te buscaba por tu dinero ó por tu persona; sé que mis motivos eran egoístas, porque le amaba y le amo todavía; mas espero que Dios me lo perdonará con el tiempo y tú también. Lo que ha sucedido, sin embargo, me sirve de consuelo, si puede haberlo para mí, porque sé que ese hombre no es tan egoísta y poco escrupuloso como yo pensaba.

»Debo decirte lo que hice, porque sé que de este modo me dejarás seguir libremente mi camino hasta que pueda redimir en cierto modo mi falta. Por conducto mío supo *él* que habías perdido tu fortuna; mas ignora que yo fui quien lo reveló. En uno de los copiadotes de mi padre encontré un escrito, en que se decía bajo qué condiciones debías recibir la fortuna que para ti se había impuesto; y cuando quebró el Banco, supe que lo habías perdido casi todo. Entonces experimenté una loca alegría, porque pensé que cuando *él* supiera tu posición se alejaría de ti para volver á mí; pero me engañé, y no siento haberme equivocado en la opinión que de *él* formaba.

»Llevé copia de la carta á la señorita Elisa Walton, sabiendo cuán opuesta era á que su hermano se casase contigo, y á mi presencia la hice escribir otra, rasgando la que yo llevaba. Díjele después que era libre de hacer el uso que le pareciese de aquel informe, con tal que no dijera de quién le había obtenido, y creo que así lo hizo.

»No puedes imaginar cuánto sufrí al ver que la pérdida de tu fortuna no influía en el amor que te profesaba ese hombre, á quien tan mal había juzgado.

»Ahora ya lo sabes todo, y puedes comprender que, aun cuando me hubiera sido posible dominarme lo bastante para permanecer contigo y veros casados, mi vergüenza por lo que había hecho contra ti me hubiera impelido á salir de tu casa. Cuando sepa que eres feliz y presuma que has tenido tiempo para olvidar y perdonarme, iré á verte, si me lo permites, aunque no para permanecer contigo, porque esto sería imposible bajo las presentes circunstancias.

»Ahora es media noche: el Sr. Walton dijo que

vendría mañana a las nueve para conducirme a tu lado. A decir verdad, yo no había aún resuelto el partido que debía tomar, pero cuando él se presentó me decidí de una vez, y mañana habré marchado, antes de que él venga. Después de leer la presente, tal vez no vuelvas a confiar en mí nunca; mas no por eso dejaré de ser siempre para tí la más cariñosa hermana.—Sara.»

El engaño de su prima era para Susana como el último eslabón de la cadena de tribulaciones por qué estaba pasando. Permaneció un momento sin pronunciar palabra, pero después, a pesar de los esfuerzos que hizo, escapóse de su pecho un sollozo, y comenzó a llorar.

Miguel observó con asombro el efecto que la carta había producido en Susana y movido por un impulso irresistible, cogió una de las manos de la joven y miró a ésta con muda admiración, sin poder hablar, porque no comprendía la causa de su llanto. Susana no se opuso al principio, pero poco a poco retiró su mano y enjugóse los ojos. De buena gana habría enseñado la carta a Miguel, preguntándole qué debería hacer; pero habría de dar explicaciones para que se comprendiese su posición, y en aquel instante no estaba bien dispuesta para hacerlo; por lo tanto limitóse a preguntar a Miguel que había dicho Walton acerca de Sara.

El nombre de su rival bastó para que Hazell volviese a la realidad. Repitió succinctamente lo que Walton le había referido, añadiendo lo que él pensaba acerca del paradero de la fugitiva.

Entonces Susana admiró una vez más el sereno y claro juicio de Miguel.

—Sí, estoy segura, dijo, de que ha ido a Drumquhair. La tía Fyfe nos había rogado a menudo que la hiciésemos una visita, y Sara manifestó con frecuencia deseos de ir a verla. ¿Pero como ha podido usted sospecharlo?, añadió.

—Es muy sencillo; sabiendo donde reside esa señora, y en la creencia de que Sara había tomado el tren del Norte, fácil era decidir adonde había ido.

Susana permaneció silenciosa algunos minutos. No pensaba tanto en su prima como en el contraste que ofrecían los dos hombres que pretendían su mano: el uno, impetuoso, de buen carácter, pero débil; el otro, bondadoso también, pero firme, reflexivo y fiel.

—El Sr. Walton, dijo de pronto, interrumpiendo sus reflexiones, no debió separarse de Sara hasta después de haberla hecho entrar en razón; pero ya no hay remedio. Ya había hecho los preparativos para ir a buscarla yo misma; pero ahora me limitaré a escribir a la tía Fyfe. Todo esto es muy absurdo, y dará origen a no pocos escándalos.

—No deben darla a usted ningún cuidado.

—Eso siempre lo dicen aquellos que no sufren por el escándalo; pero cuando les interesa, no pueden tolear que se les calumnie. Creo que lo mejor que puede usted hacer ahora es ir a ver como sigue el señor Walton, y yo prepararé entre tanto la cena. Usted no puede irse mientras llueva tanto.

—Pues temo que esto durará toda la noche.

—De todos modos, puede usted esperar una hora ó dos, y entonces veremos como sigue el tiempo.

El tono de Susana tenía cierta expresión suplicante que hizo latir más apresurado el corazón de Miguel; pero el joven pensó después que Susana le invitaba a quedarse para que no la dejara sola con Walton y salvar así las apariencias.

—Muy bien, contestó, me quedaré.

Y al dirigirse hacia la puerta para salir, encontró en el umbral a Elisa Walton, que parecía muy excitada.

L

DISGUSTOS DOMÉSTICOS

En la abadía de Walton había reinado mucha agitación en las últimas cuarenta y ocho horas, a consecuencia de haber referido el cartero a uno de los criados que Walton había ido en seguimiento de Sara para prestarla su auxilio en varias diligencias que la llamaban a Londres. Esta noticia pareció a todos la más clara confirmación del rumor que circulaba, suponiéndose un rapto.

—Bien supuse yo, dijo Alicia con sorna, que Tomás acabaría por hacer algún disparate.

En cuanto a la señora Walton, al recibirse la noticia, lamentóse de tener un hijo tan loco, que amenazaba ser causa de su ruina.

—¡Tú eres quien ha dado lugar a todo esto!, gritó Elisa. No le dejabas en paz ni de día ni de noche...

No pudo concluir, porque los sollozos ahogaron su voz.

La hija mayor permanecía silenciosa; pero cuando



Miguel cogió a Walton en el mismo instante en que la corriente...

vió a su madre apoyada en los brazos de Carolina, dijo a las otras dos hermanas:

—Cuidarla bien; yo voy a mi cuarto; eso no será nada.

Cuando llegó a su habitación, entregóse allí a las más amargas reflexiones. Malo era que Tomás pensara en casarse con la señorita Holt; pero haber sido engañada así por su hermano y por Sara, a quien creía tener a su favor, era una cosa intolerable para Elisa.

Hubo muchas quejas y lamentaciones en la casa durante la noche y el día siguiente, y sólo la tempestad impidió a la hermana mayor ir a la granja del Prado para informarse. Después llegó Tobías Carter para dar otra noticia que no produjo menos asombro é inquietud a la familia. El mensajero refirió como Walton se habría ahogado sin remedio, a no ser por el auxilio de Miguel; dijo que el señor Walton estaba en cama, en la granja del Prado; que se había encontrado la yegua muerta junto a la orilla del río; y que le enviaban en busca de ropa. Elisa condujo al mozo a la sala para interrogarle de nuevo, y no se inquietó tanto como sus hermanas, comprendiendo que no podía estar muy mal su hermano cuando enviaba a pedir otro traje.

Cuando se hubo marchado el mensajero, la hermana mayor mandó enganchar el carruaje, é hizo entre tanto mil conjeturas, preguntándose cómo era posible que su hermano hubiera huido con Sara y volviese a los tres días de aquella manera tan singular. No pudo resolver el enigma, pero supuso que había algún misterio impenetrable para ella, y tal era su afán por descifrarle, que resolvió ir a la granja del Prado, a pesar de la lluvia.

Y he ahí cómo Miguel la encontró en la puerta.

LI

LA DESPEDIDA

Miguel retrocedió un paso; en la expresión de aquella mujer notó algo desagradable, y pareciéndole

que se preparaba una enojosa entrevista para Susana, resolvió protegerla, considerando que aun tenía derecho para hacer las veces de guardián, mientras no estuviese casado.

Elisa Walton no le dió tiempo para recobrarle de su sorpresa; sin fijar la atención en él, pasó por delante y miró a Susana, cuya palidez habría llamado la atención de cualquiera, menos de aquella mujer poseída de cólera.

—Acabo de saber, dijo, sin saludar siquiera, que se acaba de conducir a mi hermano a esta casa, y vengo para llevármele.

Susana miró a Miguel, y aunque éste creyó que su triste expresión era debida al recuerdo de Walton, persistió en su propósito de encargarse de su defensa.

Sin hacer aprecio del tono insultante de Elisa, Susana contestó con calma.

—Supongo que el señor Walton podrá irse ahora con su hermana, y que le habrán traído la ropa que pidió.

—Tiene usted muchas consideraciones con él, replicó Elisa, antes de que Miguel pudiese hablar. La ropa está aquí.

—¿Quiere usted llevársela?, dijo Susana a Miguel.

Este no sabía qué hacer: veíase entre dos mujeres, una de las cuales parecía dispuesta a causar toda clase de disgustos a la otra, que no se hallaba en disposición de sufrir la menor molestia; pero bastóle un momento para adoptar su resolución. Tiró de la campanilla, y habiéndose presentado Carter, ordenóle que llevase la ropa al señor Walton; después volvió a ocupar el mismo sitio, resuelta a no salir de la habitación mientras Elisa estuviese allí. Esta lo comprendió; veía ante sí dos enemigos, y hasta cierto punto intimidóle la presencia de Miguel, tan cortés y atento, pero también tan firme y decidido. Esto bastó para reprimir un poco sus ímpetus.

—Siento mucho molestar a usted, señorita Holt, dijo con cierta ironía; pero debe comprender que no está bien que mi hermano pase aquí la noche..., aunque entiendo que está usted acostumbrada a esta especie de, de... digamos de formas nada convencionales.

Susana permaneció inmóvil, pero Miguel se sonrojó de cólera, y hubiera querido que Elisa fuese un hombre, comprendiendo muy bien que se refería a la noche que él pasó en la granja con motivo de la presencia de los gitanos. No obstante, contuvo su indignación.

—Su hermano de usted, repuso, está mucho mejor aquí que en el fondo del río, y seguramente él piensa lo mismo que yo.

Elisa, afectando aun ignorar la presencia de Miguel, contestó a sus palabras dirigiéndose a Susana, como si las hubiera pronunciado ella.

—Para ir a su casa, al volver de Londres, dijo, me parece que no debía ir por el Prado. Usted ha sido harteas veces causa de sus apuros, señora Holt, así como también de que se produjeran continuos disgustos en nuestra tranquila casa; y ahora ha faltado poco para que fuera usted causa de la muerte de mi hermano.

—¡Señorita Walton!, exclamó Hazell, está usted diciendo disparates, y lo sabe muy bien. Debo recordarle que está en casa de una señora, que ha hecho por el hermano de usted más de lo que nadie podría hacer por un hombre que ha estado a punto de morir ahogado.

Y volviéndose hacia Susana, añadió:

—Creo que lo mejor que puede usted hacer es subir a su aposento, para no escuchar más insultos.

Pero Susana no hizo ningún ademán para salir de la habitación ni contestar a la acusadora. Una expresión de cariño animó un momento sus ojos al mirar a su defensor; pero desvaneciése muy pronto.

La contestación de Hazell exasperó a Elisa, y entonces no pudo menos de dirigirse a él.

—Usted no comprende las circunstancias, señor Hazell, dijo, pues de lo contrario, no censuraría mi enojo, mi indignación, la cual me induce a pronunciar palabras impropias de mi decoro, y de que seguramente me arrepentiré cuando esté más serena; pero la señorita Holt no negará que la he avisado con tiempo. Mi hermano está divirtiéndose, y ella cree que quiere casarse.

—Y lo hará si le aceptan, como ya he dicho a menudo, contestó el mismo Walton, entrando de repente en la habitación.

Y se dirigió hacia Susana, tan resueltamente, que cualquiera hubiera creído que trataba de abrazarla; pero la joven retrocedió, y Miguel se interpuso, aunque sin enojo ni resentimiento.

—¿Pero qué significa todo este ruido?, continuó Walton con acento irritado, porque estaba seguro que su hermana era la causante de aquella escena.

(Se continuará.)

EL GAS GRISÚ Y LA MANERA DE AVERIGUAR SU PRESENCIA

Desde mediados del siglo pasado se ha trabajado mucho para disminuir en las minas de carbón el número de explosiones, pero desgraciadamente continúan éstas siendo frecuentes; hace algunos años que los hombres de ciencia tratan de hallar la manera de hacerlas imposibles.

La labor de esos investigadores parece que ahora se ha visto coronada por el éxito, gracias á una sencilla pero ingeniosa adaptación del grisúmetro inventado por el doctor Nestor Grehaut, profesor de fisiología en el Museo de Historia Natural de París y miembro distinguido de la Academia francesa de Medicina.

El corresponsal de una importante revista inglesa, que recientemente ha visitado en París al sabio doctor en su laboratorio del Jardín de Plantas, presenció numerosos experimentos hechos con los aparatos representados en los grabados que acompañan á este artículo.

La reciente invención consiste en un cilindro de cristal ó probeta, graduado cuidadosamente, para indicar los centímetros cúbicos, los que á su vez están divididos en quintas y décimas partes. Para los experimentos, ese tubo de cristal se coloca sobre un sólido soporte de caucho, en tal disposición, que pueda encerrarse en él una varilla vertical, que por su extremo inferior pueda ponerse en contacto con una corriente eléctrica y que termine, por el superior, en un trozo de alambre de platino. La varilla metálica vertical y sus accesorios constituyen el tan conocido inflamador inventado por el profesor Coquillon. En la parte superior de la probeta se fija una taza semi esférica, revestida de caucho, provista de un mecanismo de atornillar, por medio del que se la comprime fuertemente contra lo alto del tubo, con objeto de que éste, á su vez, lo sea contra su base de caucho, á fin de impedir los escapes de gas, pues en ese cilindro graduado ha de encerrarse el aire que se quiere analizar.

La experiencia ha demostrado que es prudente sumergir esta parte esencial del grisúmetro de Grehaut, que así se llama el nuevo aparato, en un gran recipiente cilíndrico lleno de agua, de modo que si ocurriera una explosión, los experimentadores se hallen á cubierto de ser heridos por los pedazos de cristal roto que volarían en todas direcciones.

En una probeta de cincuenta centímetros cúbicos, introdujo primeramente el Dr. Grehaut una mezcla de aire y grisú, en la proporción de seis partes de este último por ciento de aquél, que es la proporción menor, según los descubrimientos de Mallard y de Le Chatelier, que estalla con detonación. Aplicó la corriente eléctrica, púsose el alambre de platino del detonador al rojo blanco y produjo una explosión que, aunque ligera, fué perfectamente visible para los espectadores.

En un segundo experimento, el doctor compuso una mezcla de 5 por 100 de grisú con aire y oxígeno, pero una aplicación de la corriente no logró producir llama, aunque sí se comprobó que había habido una pequeña disminución del gas, prueba de la presencia de un combustible. En un tubo de cincuenta centímetros cúbicos fué necesario aplicar la corriente seiscientos veces para obtener una reducción correspondiente á un 4'8 por 100 de grisú, es decir, próximamente un 5 por 100. En una mezcla de 1 por 100 de grisú con aire, haciendo pasar la corriente una sola vez, no se obtuvo ninguna reducción, pero se vió que pasándola seiscientos se habían consumido 0'9 centímetros cúbicos de grisú.

Es evidente, pues, que puede hacerse caso omiso de la presencia en la atmósfera de una mina de carbón de una centésima parte de grisú, pero que es cosa muy distinta cuando la proporción llega á un 5 por 100, aproximándose así á la peligrosa del 6 por 100.

El coste del grisúmetro es pequeño. «Se puede te-

ner la seguridad—ha dicho su inventor—de que desastres como el de Courrières se repetirán, mientras no se ponga en uso mi detonador. No me cansaré de

como de los cuartos ocupados por cada uno de los clientes del popular hotel. Aire, agua y luz son los factores principales de la limpieza y de la salubridad de la vivienda; y los tres elementos han sido prodigados con liberalidad en esos modernos albergues, en donde pueden alojarse 1.120 personas en condiciones de comodidad y de higiene de todo punto especiales.

El terreno ocupado por ese grupo de construcciones tiene una superficie total de 4.800 metros cuadrados: un edificio principal extiende sus 60 metros de fachadas paralelamente á Arlington Road, y tres alas de 80 metros de largo cada una, perpendiculares al cuerpo principal, se juntan detrás de éste para completar el conjunto de esa construcción. Dos grandes azoteas y dos espacios vacíos dejan entrar plenamente por las amplias ventanas el aire y el sol, esos dos enemigos de los microbios, de la tuberculosis y de los miasmas.

Consta el inmueble de sótanos, planta baja y cuatro pisos uniformes; los frontones, las torrecillas de la fachada principal y las torres cuadradas situadas en cada extremo de las tres alas, forman el quinto piso. No examinaremos la arquitectura del edificio, ni entraremos en los pormenores de la construcción; pues nuestro objeto es sencillamente señalar los puntos especiales que caracterizan este establecimiento.

En él no hay colgaduras, ni alfombras, ni papeles. Las paredes están revestidas de una capa de estuco

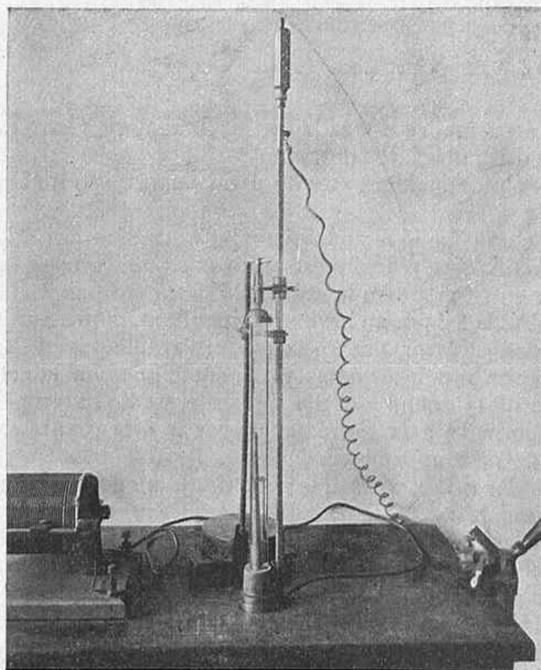


El profesor Nestor Grehaut haciendo experimentos en su laboratorio con el grisúmetro por él inventado para comprobar la presencia del grisú en el aire

insistir en que se examine varias veces al día la composición del aire de las minas de hulla. Estando advertidos, se puede estar prevenidos.»—X.

LAS «ROWTON HOUSES» DE LONDRES

Desde hace poco tiempo hay en un arrabal sano y bien aireado de Londres, en Arlington Road, Camden Town, un inmenso hotel popular de un género singularísimo, construído por la sociedad de las Row-

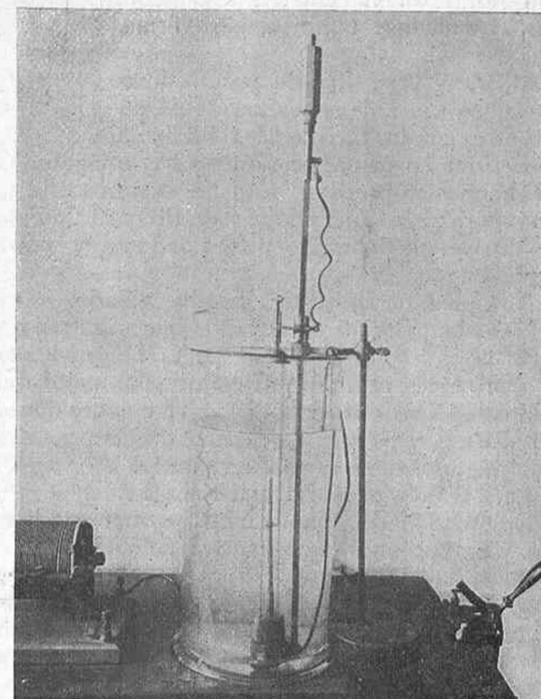


Aparato del grisúmetro de Grehaut; de él forma parte una probeta en la que se encierra el grisú, que se hace estallar por medio de una corriente eléctrica.

ton houses, asociación filantrópica fundada por lord Rowton, que posee actualmente un capital de 12 millones de francos y cuyo objeto es construir y explotar casas baratas para los célibes de condición modesta, obreros y empleados.

El inmueble que vamos á describir es el sexto en su clase y el más importante y completo; en él se aplican rigurosamente las leyes de la higiene y de aquí que las condiciones sanitarias de ese hotel puedan servir de modelo á las construcciones destinadas á numerosos inquilinos.

El aire y la luz hallanse profusamente distribuídos por grandes y hermosas ventanas que se cierran por el sistema de guillotina, y la disposición de los edificios permite establecer corrientes de aire y proceder á una ventilación perfecta, así de las salas comunes,



La probeta que contiene el grisú se coloca dentro de un cilindro de cristal lleno de agua á fin de evitar que en caso de estallar el gas los pedazos de cristal hieran á los operarios.

ó de cemento en todos los lugares comunes, corredores, escapes, antecámaras, comedores y salones de lectura; las de los dormitorios están pintadas al óleo con una capa de barniz. En todas partes presentan las paredes una superficie lisa y bien pulimentada, á fin de impedir que en ellas se fijen el polvo y la porquería, y están cubiertas, en una faja de 1'50 metros de alto, desde el suelo, de planchas de opalina ó de cristales ó de ladrillos vidriados, según los sitios.

Las cornisas de yeso han sido substituídas por molduras de loza esmaltada. Los cuadros están excluídos, mas como las paredes de las salas no pueden estar desnudas, han sido adornadas con grandes tableros decorativos, muy artísticos, de loza. Gracias á todo esto, las paredes, los techos y los suelos pueden ser regados y lavados fácilmente.

El mobiliario de las salas comunes y de los cuartos es de hierro barnizado, de hierro fundido esmaltado, de porcelana ó de loza; así en el mobiliario como en la construcción, se ha prescindido en lo posible de la madera. Las escaleras, cuyas paredes están cubiertas de losetas de loza ó de ladrillos vidriados, son de hierro y están dispuestas de modo que en caso de incendio puedan ser fácil y rápidamente evacuados los locales; todas llegan desde el sótano á los tejados. Estos cubren todos los edificios y tienen terrados planos de cemento armado, que se comunican entre sí, gracias á lo cual y á su fácil acceso, podrían los inquilinos, en caso de fuego, huir lejos del sitio del siniestro.

Para que se vea hasta qué extremo se han llevado las precauciones higiénicas en la *Rowton house* de Camden Town, bastará decir que en las cocinas, repostería, despensa, roperos y almacenes, la madera ha sido en absoluto reemplazada por el mármol ó por la loza esmaltada.

El agua hállase distribuida con la mayor prodigalidad y circula continuamente en los lavabos, water-closets, baños y depósitos; la evacuación de las aguas sucias ha sido estudiada también con sumo cuidado, cual corresponde á cuestión tan importante en un establecimiento que cuenta con tan gran número de habitantes.

La calefacción está asegurada por una circulación de agua caliente, cuya instalación funciona desde los sótanos á los desvanes. La iluminación es eléctrica.

Por un precio módico puede el célibe inglés tener en las *Rowton houses* un cuarto limpio é higiénico y disponer de los lavabos, sala de baños y de todos los aparatos de limpieza, tan necesarios á todo el mundo, pero muy especialmente á los que se dedican á trabajos manuales. Un coladero, en donde la higiene del lavado está llevada á los últimos límites, lava y purifica, al mismo tiempo que la ropa blanca de la casa, todos los objetos de los inquilinos.

Gabinets de lectura, fumaderos, comedor, todo alegre y decorado artísticamente, completan este conjunto digno de ser conocido, no solamente por su originalidad, sino además y muy principalmente por que el cuidado de las condiciones higiénicas es lo que prevalece en esa notable instalación, en donde

el hombre de condición modesta y hasta el pobre pueden encontrar las mayores comodidades y un verdadero bienestar en un medio particularmente sano.—G. D.

por los tratados de 1815, y había nacido en 21 de enero de 1829. Casóse en 6 de junio de 1857 con la princesa Sofía de Nassau y en 18 de septiembre de 1872 sucedió á su hermano Carlos XV, siendo coronado en Estocolmo rey de Suecia y en Drontheim rey de Noruega, en 18 y 21 de mayo respectivamente.

Su reinado ha sido uno de los más prósperos de la historia sueca: la literatura y las artes florecieron extraordinariamente bajo los auspicios de monarca tan ilustrado, y la industria, el comercio y las obras públicas recibieron tan grande impulso, que Suecia, país pobre al advenimiento de Oscar II, es, á su muerte, una nación próspera y rica.

Los últimos años de su vida han sido amargados por la separación de Noruega, que con su talento, habilidad y paciencia supo retardar algunos años y que al fin se consumó en 1905. En aquella crisis, para él dolorosísima, supo demostrar una grandeza de alma admirable, y gracias á él la ruptura se realizó pacíficamente, sin derramamiento de sangre, sin violencias, sin explosiones de odio.

Aficionadísimo desde muy joven á los viajes y á las empresas marítimas, navegó por los principales mares del mundo como cadete, en sus mocedades, como almirante antes de ser proclamado rey, y visitó las grandes capitales europeas. Estudió en la Universidad de Upsala, bajo la dirección del eminente historiador Carlson, y esos estudios fomentaron sus aficiones literarias; publicó un tomo de poesías, tradujo al sueco las mejores obras de Herder, Goethe y otros escritores ingleses y alemanes, fué gran amigo y admirador del eminente dramaturgo Ibsen y perteneció á muchas sociedades literarias extranjeras.

Era además historiador, filósofo, matemático, agrónomo, músico y orador.

Fué más que soberano un verdadero padre para sus súbditos, quienes adoraban en él, seducidos por la bondad y la

llaneza con que les trató siempre. Deja cuatro hijos: Oscar Gustavo Adolfo, que le sucede con el nombre de Gustavo V; Oscar Carlos Augusto, Oscar Carlos Guillermo y Napoleón Nicolás, nacidos respectivamente en 1858, 1859, 1861 y 1865.—S.



El rey Oscar II, de Suecia, fallecido en Estocolmo el 8 de los corrientes. (De fotografía.)

EL REY OSCAR II DE SUECIA

En el palacio real de Estocolmo falleció el día 8 de los corrientes el rey Oscar II de Suecia. Era nieto del mariscal Bernadotte, el fundador de su dinastía, hecho rey por Napoleón I y respetado en su trono

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
★
AROUND
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias,

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ie}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATTÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos a Cebrián y C.^a, Puertaferri, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE. Establecimientos FUMOZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

BARCELONA

LA GUARDIA URBANA

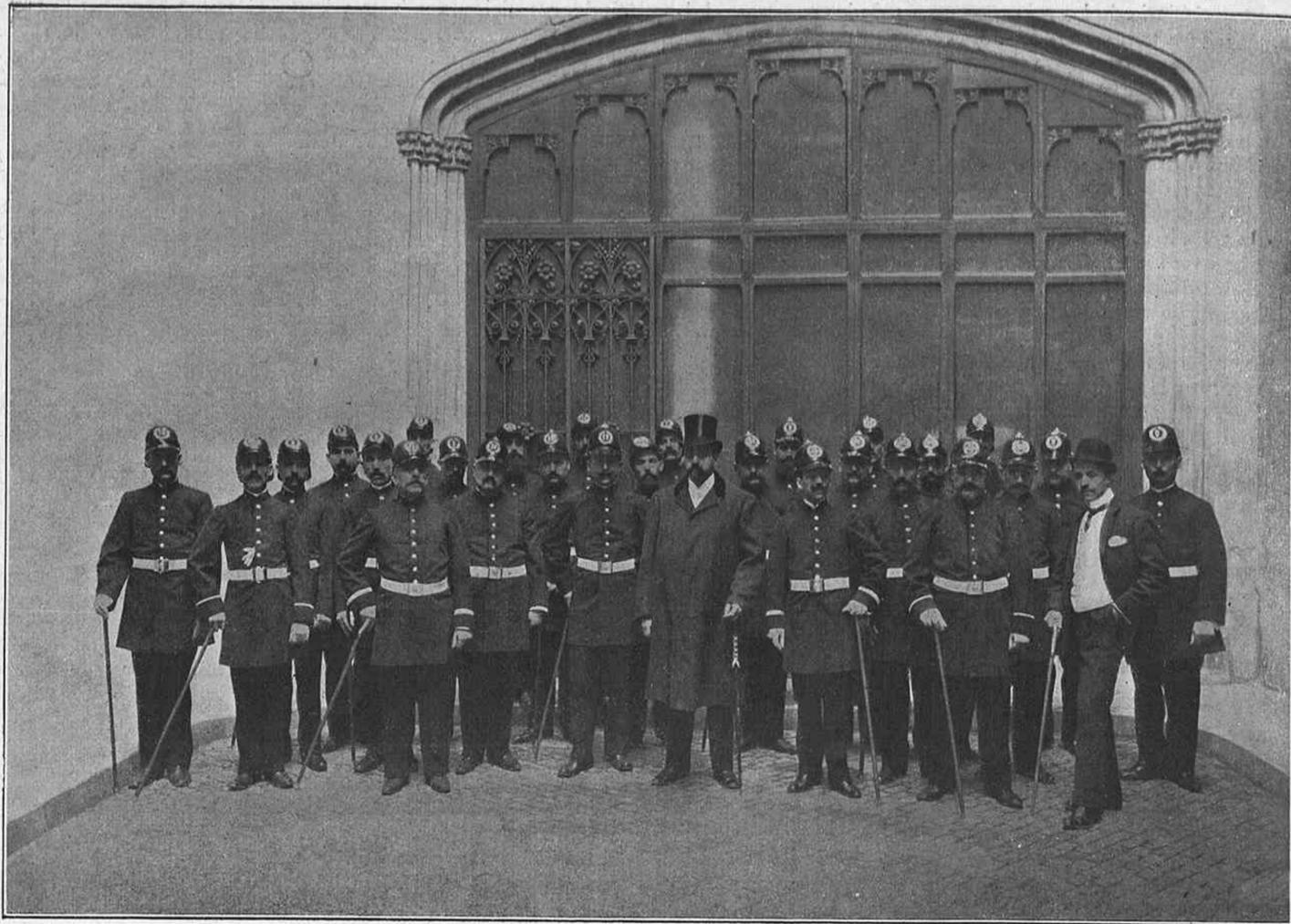
Desde hace mucho tiempo sentíase en nuestra capital la necesidad de reformar la guardia municipal, cortando los abusos y corrigiendo las deficiencias, debidos á costumbres inveteradas, y haciendo de ella lo que realmente ha de ser, guardadora del cumplimiento de las ordenanzas municipales más que de la seguridad del vecindario.

El Ayuntamiento ocupóse en varias ocasiones en este asunto, pero los discursos y los buenos propósitos no se traducían en hechos, debido quizás á que la reorganización del cuerpo existente ofrecía dificultades punto menos que insuperables. En vista de ello, los más entusiastas defensores de la idea laudable emprendieron otros rumbos y, en vez de reformar lo viejo, se propusieron hacer obra nueva.

El teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, perfectamente secundado por el oficial del Ayuntamiento Sr. López Sagredo, ha llevado á feliz término la misión que en este asunto le confiara la corporación municipal, y desde el día 8 de los corrientes el pueblo de Barcelona cuenta con esa nueva institución, de la que pueden esperarse excelentes servicios. Los guardias urbanos serán los verdaderos guardias de la ciudad y el hecho de no llevar arma alguna, usando únicamente como insignia de autoridad un bastón, determina su verdadero carácter. Casi todos conocen, además del catalán y del castellano, un idioma extranjero, lo cual permitirá que puedan dar las indicaciones y los datos necesarios á los forasteros que visiten nuestra capital.

El cuerpo de la guardia urbana constará de 200 individuos; actualmente, y por no estar confeccionados todos los uniformes, sólo prestan servicio 27.

El uniforme de los guardias urbanos consiste en levita encarnada con una hilera de botones, cinturón de ante, pantalón negro y casco, también negro, con doble visera. En invierno, llevan como prenda de abrigo una valona, y en verano substituirán el pantalón de paño negro con otro de hilo blanco. Su aspecto es serio y elegante, y el color de la levita hace que sean visibles desde lejos, lo que no deja de ser una ventaja en una urbe de tanto movimiento callejero como Barcelona.



BARCELONA. — LA NUEVA GUARDIA URBANA. La fotografía está tomada en la mañana del día 8 de los corrientes, en el momento en que los guardias se disponen á salir por vez primera á prestar sus servicios, y en ella se ven el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, en el centro, y el oficial del Ayuntamiento Sr. López Sagredo, á la derecha, que han sido los organizadores del nuevo cuerpo. (De fotografía de González.)

Actualmente prestan servicio en las estaciones de los ferrocarriles, en el desembarcadero del puerto y en las principales vías de la ciudad, como las Ramblas, calle de Fernando, etc. El vecindario ha acogido con gran satisfacción la creación

de la guardia urbana, y es de esperar que ésta, con su conducta, se captará cada vez más las simpatías y el respeto de los barceloneses y los elogios de los forasteros que hayan de recurrir á sus servicios.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SICHATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

**AVISO Á
LAS SENORAS**

EL ANIOL DE LOS
DRES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

DATA de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Épore y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDÈS

Bst-Denis, 16

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVOLE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN